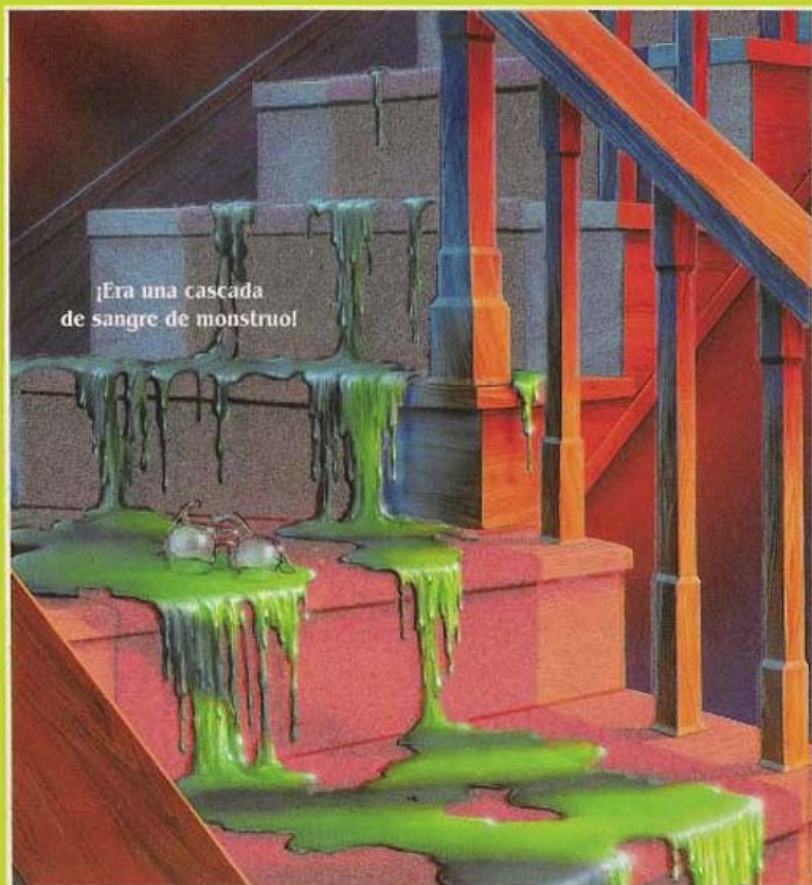


R.L. Stine

Pesadillas

Sangre de monstruo



¡Era una cascada
de sangre de monstruo!

de

Evan está pasando unos días en casa de su anciana tía-abuela Katheryn. Durante una visita a una tienda de juguetes compra un polvoriento tarro de sangre de monstruo. Al principio, parece divertido jugar con ella. Trigger, el perro de Evan, al que le gusta todo, prueba un poco. En ese momento Evan nota algo raro. Parece que la sustancia verde y pegajosa empieza a multiplicarse. Sigue creciendo sin parar. A medida que crece, desarrolla un insaciable y monstruoso apetito.



R. L. Stine

Sangre de monstruo

Pesadillas - 7

ePUB r1.1

nalasss 19.07.2013

Título original: *Goosebumps #3: Monster Blood*

R. L. Stine, 1995.

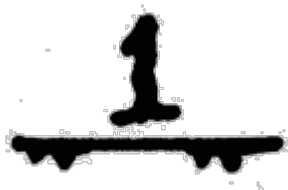
Traducción: María Rabassa

Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0





—No me dejes solo aquí. Por favor, no quiero quedarme aquí.

Evan Ross tiró de la mano de su madre, tratando de apartarla de la escalera de acceso a la casita de tejas grises. La señora Ross miró a Evan con impaciencia.

—Evan, ya tienes doce años. No te comportes como un niño de dos —le dijo, y le soltó la mano.

—¡No soporto que me digas eso! —protestó Evan furioso y se cruzó de brazos.

La señora Ross suavizó su expresión y acarició con ternura el cabello rojo y ensortijado del muchacho.

—¡Tampoco me gusta que hagas eso! —gritó Evan alejándose de ella, al tiempo que tropezaba con una baldosa rota del suelo—. ¡No me gusta que me toques el pelo!

—Bueno, pues no te gusta nada de lo que hago —dijo su madre encogiéndose de hombros. Luego subió los dos escalones y golpeó la puerta principal—. De todos modos vas a quedarte aquí hasta que yo regrese.

—¿Por qué no puedo ir contigo? —inquirió Evan con los brazos todavía cruzados—. Dame sólo una buena razón.

—Llevas los cordones de los zapatos sueltos —replicó su madre.

—¿Y qué? —preguntó Evan con desconsuelo—. Me gustan así.

—Te vas a caer —le previno.

—Mamá —dijo Evan mirándola con exasperación—, ¿alguna vez has visto a alguien caerse por llevar los cordones sueltos?

—Bueno, no —admitió su madre. En su bonita cara se dibujaba

una sonrisa.

—Lo que quieres es cambiar de tema —dijo Evan sin responder a su sonrisa—. Vas a dejarme aquí unas cuantas semanas con una anciana horrible y...

—Evan, ¡ya basta! —exclamó la señora Ross echando hacia atrás el cabello rubio—. Kathryn no es una anciana horrible. Es la tía de tu papá, tu tía abuela. Y es...

—Una perfecta desconocida —gritó Evan.

Sabía que ella estaba empezando a ponerse nerviosa pero no le importaba. ¿Cómo se atrevía su mamá a hacerle esto? ¿Cómo podía dejarlo con una señora mayor a quien no había visto desde los dos años? ¿Qué iba a hacer aquí hasta que su madre regresara?

—Evan, ya hemos hablado de este asunto muchas veces —dijo su madre con impaciencia mientras golpeaba de nuevo la puerta—. Ésta es una emergencia familiar. Espero que colabores un poco más.

Trigger, el perro cocker spaniel de Evan, ahogó las siguientes palabras de la señora Ross cuando sacó su cabeza por la ventanilla de atrás del coche que habían alquilado, y comenzó a aullar y a ladrar.

—¡Sólo faltaba él para acabar de complicar las cosas! —exclamó la señora Ross.

—¿Lo dejo salir? —le preguntó ansiosamente Evan.

—Sí, creo que será lo mejor —contestó su madre—. *Trigger* está tan viejo que le podría dar un infarto allá dentro. Lo único que espero es que no asuste a Kathryn.

—¡Ya voy, *Trigger*! —le gritó Evan.

El muchacho corrió hasta el camino empedrado y abrió la portezuela del automóvil. *Trigger* saltó dando un ladrido de alegría y comenzó a corretear en círculos por el pequeño camino de entrada de la casa de Kathryn.

—No parece que tenga doce años —dijo Evan mientras miraba al perro, y sonrió por primera vez en ese día.

—Mira, *Trigger* te hará compañía —dijo la señora Ross, yendo de nuevo hacia la puerta de la casa—. Yo volveré de Atlanta muy pronto, como mucho tardaré un par de semanas. Estoy segura de que tu padre y yo podremos encontrar una casa en ese tiempo. Cuando volvamos ni te habrás enterado de que nos fuimos.

—Sí, claro —repuso Evan con desconfianza.

El sol se escondió detrás de un nubarrón dibujando una sombra en el jardincito. Trigger se cansó pronto de corretear y regresó jadeando, con la lengua colgándole casi hasta el suelo. Evan se agachó y acarició el lomo del animal.

El muchacho miró aquel edificio gris, mientras su madre llamaba otra vez a la puerta principal. La casa parecía oscura y poco acogedora. Las cortinas del segundo piso estaban corridas. Uno de los postigos de las ventanas se había desprendido y colgaba formando un extraño ángulo.

—Mamá, ¿para qué golpeas? —preguntó Evan metiéndose las manos en los bolsillos de sus tejanos—. Dijiste que tía Kathryn estaba sorda como una tapia.

—Ah —exclamó un poco sonrojada la señora Ross—. Evan, me pones tan nerviosa con tus lloriqueos que hasta se me ha olvidado. Por supuesto que no nos puede oír.

«¿Cómo voy a poder estar dos semanas con una anciana que ni siquiera me puede oír?», se preguntó Evan desconsolado.

Recordó la conversación de sus padres hacía un par de semanas, cuando lo planeaban todo, sentados frente a frente en la mesa de la cocina. Ellos creían que Evan estaba en el jardín, pero en realidad él escuchaba detrás de la pared de la cocina.

Oyó que su padre no estaba convencido de dejar a Evan con Kathryn.

—Es una anciana muy obstinada —dijo el señor Ross—. Sorda durante veinte años, no ha querido aprender el lenguaje de signos o a leer los labios. ¿Cómo cuidará de Evan?

—Pues a ti te cuidó muy bien cuando eras niño —argumentó la señora Ross.

—Eso fue hace treinta años —protestó el señor Ross.

—Pues no tenemos otra alternativa —oyó Evan a su madre—. No hay nadie más con quien dejarlo. Todos están de vacaciones. Ya sabes que agosto es el peor mes para que a uno lo trasladen a Atlanta.

—Bueno, pues, ¡discúlpame! —dijo con sarcasmo el señor Ross—. En fin, de acuerdo. Se acabó la discusión. Tienes toda la razón, querida. No tenemos otra alternativa. Kathryn es la persona. Tú

llevas a Evan y luego coges el avión hacia Atlanta.

—Será una buena experiencia para él —añadió la señora Ross—. Necesita aprender a enfrentarse con situaciones difíciles.

—Muy bien. Ya dije que estaba de acuerdo —dijo impaciente el señor Ross—. ¡Listo! Evan estará bien. Kathryn es un poco extraña, pero perfectamente inofensiva.

Evan oyó arrastrar los asientos de la cocina sobre el piso de linóleo, lo que indicaba que sus padres se estaban levantando y que la discusión había terminado.

Su suerte estaba echada. Sin hacer ruido, salió por la puerta delantera y dio la vuelta hasta el jardín trasero de la casa para pensar en lo que acababa de escuchar.

Se recostó contra un grueso tronco de arce de modo que no podía ser visto desde la casa. Era el lugar que prefería para pensar.

¿Por qué sus padres no lo incluían nunca en sus discusiones? Si querían dejarlo con una tía anciana a quien él no había visto en su vida, ¿por qué no podía participar? Siempre se enteraba de las noticias importantes escuchando detrás de las puertas, y eso no le parecía correcto.

Evan arrancó una ramita y golpeó con ella el tronco del árbol.

Tía Kathryn era rara. Eso era lo que su padre había dicho. Tan rara que su papá no quería dejarlo con ella.

Pero no tenían otra alternativa. No había solución.

«Tal vez cambien de parecer y me lleven con ellos a Atlanta —pensó Evan—. A lo mejor se dan cuenta de que no me pueden hacer esto a mí.»

Pero, dos semanas más tarde, estaba allí, al lado de su madre, frente a la escalera, delante de la casa gris de la tía Kathryn. Miraba fijamente la maleta marrón con todas sus pertenencias, y se sentía muy nervioso.

«No hay por qué tener miedo —se decía a sí mismo para tranquilizarse—. Sólo serán dos semanas. Tal vez menos.»

Pero luego las palabras le salieron de la boca sin pensar:

—Mamá, ¿y si tía Kathryn es mala?

—¡Qué!

La pregunta pilló a su madre por sorpresa.

—¿Mala? ¿Por qué iba a ser mala, Evan?

Mientras ella decía esto y le daba la espalda a Evan, se abrió la puerta de la casa. Tía Kathryn, una mujer alta con el cabello asombrosamente negro, apareció en la entrada.

Evan miró aterrado en dirección a la mujer y vio el cuchillo que tía Kathryn llevaba en la mano. Y también descubrió que en la hoja del cuchillo había algunas gotas de sangre.



Trigger levantó las orejas y se puso a ladrar dando saltitos hacia atrás.

Asustada, la madre de Evan dio media vuelta y casi tropezó con la escalera de entrada.

Evan miró el cuchillo horrorizado, con la boca abierta y en silencio.

La tía Kathryn sonrió, y al momento abrió la puerta de tela metálica con la mano que tenía libre.

No era como Evan se la había imaginado. Pensó que sería una anciana pequeña, frágil y con el cabello blanco. Pero Kathryn era grande, muy robusta y corpulenta.

Llevaba una bata, color naranja, y el cabello negro y liso, recogido en la nuca con una cola de caballo que colgaba sobre su espalda. No usaba maquillaje; pero los ojos grandes, azules y fríos como el acero resaltaban en el rostro pálido, enmarcados por la cabellera oscura.

—Estaba cortando la carne —dijo con una voz muy gruesa, mientras agitaba el cuchillo de un lado para otro. Miró fijamente a Evan—. ¿Te gusta la carne de buey?

—Eh... sí —musitó Evan. Aún le oprimía el pecho el susto de verla aparecer con el cuchillo levantado.

Kathryn mantuvo abierta la puerta, pero ni Evan ni su madre hicieron el más mínimo movimiento para entrar.

—Es un niño grande —dijo Kathryn a la señora Ross—, no como su padre. Yo le llamaba «Pollito» a su padre, porque era así de

chiquitín.

Kathryn se rió como si hubiese contado un chiste buenísimo.

La señora Ross levantó la maleta de Evan y le echó una mirada.

—Sí... es grande —dijo.

En realidad Evan era uno de los más pequeños de su clase. Aunque comía bastante, siempre parecía «tan flaco como un fideo», como le gustaba decir a su padre.

—No hace falta que respondas —dijo Kathryn, mientras se hacía a un lado para que la señora Ross entrara con la maleta—. No te oigo.

Su voz era tan profunda que parecía de hombre; pero hablaba claro, sin la pronunciación característica de algunos sordos.

Evan siguió a su madre al recibidor de la casa mientras Trigger le mordisqueaba los tobillos.

—¿No podrías hacer callar a este perro? —exigió su madre.

—No importa, mamá, como no lo oye —replicó Evan mientras se acercaba a su tía, quien se dirigió a la cocina para dejar el cuchillo.

Kathryn regresó al cabo de unos pocos segundos, con los labios apretados y los ojos clavados en Evan, como escrutándolo.

—Así que te gusta la carne de buey —repitió.

Él asintió.

—Bien —dijo ella, muy seria—. Yo le preparaba carne a tu padre, pero él siempre quería pastel.

—¿Qué clase de pastel? —preguntó Evan, y se sonrojó al recordar que Kathryn no podía oírlo.

—¿Entonces es un buen chico? ¿No hace travesuras? —preguntó Kathryn a la madre de Evan.

La señora Ross asintió mirando a Evan. Luego preguntó:

—¿Dónde dejamos esta maleta?

—Con sólo mirarlo puedo afirmar que es un buen chico —añadió Kathryn. Se acercó a Evan y le levantó la barbilla, examinándolo cuidadosamente—. Un buen mozo —dijo apretándole la barbilla—. ¿Le gustan las niñas?

Kathryn acercó su cara a la de Evan.

—¿Tienes novia? —preguntó, acercándole tanto el rostro que Evan pudo oler su aliento ácido.

El muchacho retrocedió con un gesto de incomodidad.

—La verdad es que no.

—¿Sí? —exclamó Kathryn, gritando en su oído—. ¿Sí? ¡Lo sabía!

La tía rió entusiasmada, mientras volvía la vista hacia la madre de Evan.

—¿Y la maleta? —dijo la señora Ross mientras la levantaba.

—Le gustan las chicas, ¿eh? —repitió Kathryn aún riendo—. Lo supuse. Como a tu padre. A él siempre le gustaron las niñas.

Evan se dio la vuelta, sin saber qué hacer, mirando hacia su madre.

—Mamá, no puedo quedarme aquí —susurró a pesar de que Kathryn no podía oírlo—. Por favor, no me obligues...

—Silencio —musitó su madre—. Te tratará bien. Te lo prometo. Lo que quiere es hacerse amiga tuya.

—Le gustan las niñas —repitió Kathryn, fijando sus helados ojos azules en él, y nuevamente acercó su cara a la de Evan.

—¡Mamá, su aliento es como el de Trigger! —exclamó tristemente Evan.

—¡Evan! —gritó la señora Ross con disgusto—. ¡Basta ya! Colabora un poco hijo.

—Te voy a preparar una torta —dijo Kathryn, tirando de la gruesa cola de caballo con una de sus enormes manos—. ¿Te gustaría estirar la masa? Apuesto a que sí. ¿Qué te dijo tu padre acerca de mí, Evan? —La tía hizo un guiño a la señora Ross—. ¿Te dijo que yo era una vieja y malvada bruja?

—No —protestó Evan, mientras miraba a su madre.

—¡Pues bien, sí lo soy! —declaró Kathryn, y se puso a reír nuevamente con aquella risa ronca.

Trigger aprovechó ese momento y empezó a ladrar ferozmente y saltó cerca de la tía abuela de Evan. Ella lo miró con fijeza, entrecerrando los ojos y adoptando una seria expresión.

—¡Ten cuidado, o si no te pondremos en la torta, perrito! —exclamó ella.

Trigger ladró con más fuerza y se lanzó con energía contra la mujer, pero inmediatamente se retiró y comenzó a mover su pequeña cola de un lado a otro con frenesí.

—Lo echaremos en la torta, ¿verdad, Evan? —repitió Kathryn, y apoyó una de sus manazas sobre el hombro de Evan apretando

fuertemente hasta que el chico se retorció de dolor.

—Mamá —le rogó Evan cuando al fin lo soltó y se dirigió hacia la cocina—. Mamá, por favor.

—Así es su sentido del humor, Evan —dijo vacilando la señora Ross—. Ella no tiene malas intenciones, en serio. Te preparará una torta.

—¡Pero yo no quiero ninguna torta! —gimió Evan—. ¡No me gusta este lugar, mamá! Me ha hecho daño. Me ha apretado el hombro con mucha fuerza.

—Evan, estoy segura de que no tenía ninguna intención de hacerte daño. Sólo trataba de bromear contigo. Sólo quiere hacerse amiga tuya. Dale una oportunidad, ¿de acuerdo?

Evan iba a protestar, pero lo pensó mejor.

—Cuento contigo —continuó su madre, mientras volvía a mirar hacia la cocina. Ambos podían ver a Kathryn de espaldas, cortando algo con el cuchillo de cocina.

—Es que es muy... ¡rara! —protestó Evan.

—Escúchame, Evan... comprendo cómo te sientes —dijo su madre—. Pero no tienes que estar todo el tiempo con ella. Hay muchos chicos en este vecindario. Lleva a Trigger a dar un paseo. Seguro que encuentras niños de tu edad. Ella es una mujer mayor, Evan, y estoy segura de que no le gustaría que estuvieses todo el tiempo a su lado.

—Ojalá —musitó Evan.

De pronto su madre se le acercó y le dio un abrazo, apretándose contra su mejilla. Él sabía que ese abrazo debía alentarle, pero todavía se sintió peor.

—Cuento contigo —le repitió su madre al oído.

Evan decidió afrontar la situación con más valor.

—Te ayudaré a llevar la maleta a mi habitación —dijo él.

La subieron por la angosta escalera. Su habitación era en realidad un estudio. Sobre las paredes se alineaban repisas llenas de viejos libros empastados. En medio de la habitación destacaba un gran escritorio de ébano y bajo la única ventana, que tenía una cortina, había una cama estrecha.

La ventana daba al jardín interior, un largo rectángulo verde con un garaje de tejas grises situado a la izquierda; a la derecha había

una valla de estacas altas y blancas. En el prado se extendía una pequeña área cercada que parecía una especie de jaula para perros.

La habitación olía a humedad y un fuerte olor a naftalina invadió la nariz de Evan.

Trigger estornudó mientras se refregaba en el suelo, patas arriba.

Evan pensó que Trigger tampoco soportaba este lugar, pero se guardó sus pensamientos y sonrió valientemente a su madre. Ella deshizo la maleta a toda prisa, mirando nerviosamente el reloj.

—Es tarde. No quiero perder el avión —dijo. Le dio otro abrazo, más largo esta vez. Luego sacó un billete de diez dólares y lo puso dentro del bolsillo de la camisa de Evan—. Cómprate alguna cosa. Pórtate bien. Regresaré en cuanto pueda.

—Está bien, adiós —dijo Evan, y sintió que el pecho le oprimía; tenía la garganta seca como estopa. La fragancia del perfume de su madre ahogó momentáneamente el olor del producto antipolillas.

No quería que su madre se fuera puesto que no tenía buenos presentimientos.

«Estás asustado», se reprochó a sí mismo.

—Te llamaré desde Atlanta —le gritó su madre mientras desaparecía por las escaleras para despedirse de Kathryn.

El perfume desapareció y volvió el olor a naftalina.

Trigger emitió un débil aullido, como si supiera qué sucedía, como si estuviera enterado de que habían sido abandonados en esa casa extraña con una anciana igualmente extraña.

Evan alzó a Trigger y frotó la nariz fría del perro contra la suya. Lo puso nuevamente sobre la alfombra y se dirigió hacia la ventana.

Permaneció allí un rato largo, apartando la cortina con una mano mientras miraba fijamente el prado, tratando de calmar la opresión que sentía en el pecho. Después de unos minutos escuchó el ruido del coche de su madre sobre las piedrecitas del camino de entrada mientras se alejaba.

Cuando ya no pudo oírlo, suspiró y se dejó caer sobre la cama.

—Ahora sólo estamos tú y yo, Trigger —dijo con tristeza.

El perro estaba atareado olfateando debajo de la puerta.

Evan se detuvo a mirar las paredes con las repisas llenas de libros.

«¿Qué haré aquí todo el día? —se preguntó, recostando su cabeza sobre los brazos. Sin Nintendo. Sin ordenador. Ni siquiera había visto un televisor en la casa de su tía abuela—. ¿Qué voy a hacer?»

Suspiró de nuevo, se recuperó un poco y se dirigió hacia las repisas de libros. Revisó los títulos. Había muchos textos y libros de ciencias. Otros sobre biología, astronomía, antiguo Egipto, textos de química y libros sobre medicina. Algunas estanterías estaban llenas de ejemplares amarillentos y llenos de polvo. Quizás el esposo de Kathryn, el tío abuelo de Evan, había sido una especie de científico.

«Aquí no hay nada interesante que leer», pensó con tristeza.

Abrió la puerta del armario.

—¡Ay! —gritó al ver que algo se le venía encima—. ¡Auxilio! ¡Por favor auxilio!

De repente, todo se volvió negro.

—¡Socorro! ¡No puedo ver! —gritó Evan.

3

Evan se tambaleó hacia atrás mientras aquella cosa mullida y oscura se aproximaba lentamente a él.

Tardó unos segundos en darse cuenta de qué se trataba.

Con el corazón palpitándole fuertemente en el pecho, agarró al gato negro que bufaba y se lo quitó de la cara.

El gato cayó silenciosamente al suelo y corrió hacia la puerta. Evan se dio la vuelta y vio a Kathryn, que estaba allí, con una divertida expresión en su cara.

«¿Desde cuándo estará allí?», se preguntó él.

—*Sarabeth*, ¿cómo te has metido ahí? —le preguntó la tía al gato regañándolo en tono juguetón e inclinándose para hablarle—. Le has debido de dar un buen susto al muchacho.

El gato maulló y se enroscó en las piernas desnudas de Kathryn.

—¿Te asustó *Sarabeth*? —le preguntó Kathryn a Evan, sonriendo—. Esta gata tiene un extraño sentido del humor. Es mala, muy mala.

La mujer se reía como si hubiese dicho algo gracioso.

—Estoy bien —dijo Evan, no muy seguro.

—Ten cuidado con *Sarabeth*. Es mala —repitió Kathryn. Se agachó para levantar del suelo a la gata, la tomó por el pellejo del cuello, y la sostuvo en lo alto, frente a su cara—. Mala, mala, mala.

Cuando Trigger vio al gato suspendido en lo alto emitió un desconsolado aullido. Luego agitó su colita mientras saltaba hacia el felino, ladrando y gruñendo hasta que logró morder la cola de *Sarabeth*.

—¡Abajo, Trigger! ¡Abajo! —ordenó Evan.

La gata maullaba aterrorizada, y le clavó las uñas a Kathryn cuando intentó escapar. Evan intentaba retirar al nervioso cocker spaniel, pero Trigger continuaba ladrando y saltando.

Finalmente Evan logró detener a Trigger; la gata saltó al suelo y desapareció por la puerta.

—Perro tonto, tonto —le susurró Evan. Pero no creía lo que estaba diciendo. En realidad, se alegraba de que Trigger hubiera ahuyentado a la gata.

El muchacho alzó la mirada hacia Kathryn, que seguía allí, de pie en la puerta, y lo miraba seriamente.

—Trae al perro —dijo ella en voz baja, entornando los ojos y apretando sus labios pálidos.

—¿Cómo? —dijo Evan agarrándose con fuerza a su perro.

—Trae al perro —repitió Kathryn—. No podemos tener un par de animales peleando en esta casa.

—Pero, tía Kathryn... —comenzó a rogar Evan, aunque enseguida recordó que ella no podía oírlo.

—Sarabeth es boba —dijo Kathryn, sin suavizar su expresión—. No la podemos poner nerviosa, ¿no crees? —La tía dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras—. Tráelo, Evan.

El muchacho sostenía con firmeza a Trigger y dudaba entre obedecer a su tía o no hacerle caso.

—Yo me encargaré del perro —dijo Kathryn con decisión—. Ven.

De repente Evan sintió miedo. ¿Qué quería decir ella con aquello de encargarse del perro?

Recordó la escena en que Kathryn estaba en la puerta de la cocina con el cuchillo ensangrentado en la mano.

—Trae al perro —insistió su tía.

Evan se quedó sin respiración. ¿Qué le iba a hacer a Trigger?

4

—Ya me ocuparé yo de ti, perrito —repitió Kathryn mientras le fruncía el ceño a Trigger. El perro le respondió con un gemido.

—Ven, Evan. Sígueme —ordenó ella con impaciencia.

Cuando se dio cuenta de que no tenía alternativa, el muchacho llevó a Trigger al primer piso y siguió a su tía hasta el jardín trasero de la casa.

—Soy una mujer precavida —dijo ella, mientras se volvía para asegurarse de que Evan la seguía.

A pesar de su avanzada edad, debía tener al menos ochenta años, la tía caminaba con pasos largos y firmes.

—Sabía que traerías un perro, y por eso decidí ser precavida.

Trigger lamía la mano de Evan mientras caminaban a través del jardín posterior, en dirección a la zona cercada.

—Este es un sitio especial para tu perro —dijo Kathryn, extendiendo una mano para asir uno de los extremos del lazo que cerraba el área—. Átale esto al collar, Evan. Tu perro se divertirá aquí.

La tía dirigió una mirada de censura a Trigger.

—Así no habrá problemas con Sarabeth.

Evan se sintió aliviado cuando supo que eso era lo único que Kathryn le haría a Trigger. Pero no quería dejar a su perro atado en el jardín como si fuera un preso encarcelado. Trigger era un perro casero. No se encontraría a gusto solo ahí fuera.

Evan sabía que no podía discutir acerca de eso con su tía; así que mientras ponía el lazo en el collar de Trigger se convenció de

que Kathryn se iba a salir con la suya. Como nunca quiso aprender el lenguaje de signos ni a leer los labios, sabía que ella haría lo que quisiera y que nadie podría contradecirla.

Evan se inclinó, acarició a Trigger en la cabeza y luego miró a la anciana. Ella estaba con los brazos cruzados a la altura del pecho, sus ojos azules brillaban intensamente y su rostro mostraba una sonrisa triunfal.

—Muy juicioso —dijo ella, mientras esperaba que Evan se pusiera en pie para regresar a casa—. Lo supe en cuanto te vi. Entra en casa, Evan. Tengo galletas y leche. Te vas a chupar los dedos. — Sus palabras eran amables, aunque su voz era dura y fría.

Trigger aulló tristemente cuando Evan se dirigía con Kathryn hacia la casa. Evan intentó volver para tranquilizar al perro, pero Kathryn agarró su mano con fuerza y lo llevó directamente hacia dentro.

La cocina era pequeña y estaba atestada de cacharros. Kathryn le indicó a Evan que se sentara en una pequeña mesa cerca de la pared que estaba cubierta con un mantel de plástico a cuadros. La tía frunció el ceño y miró al chico inquisitivamente, mientras él devoraba su merienda.

Evan se comió las galletas de avena y pasas con la leche mientras oía cómo aullaba Trigger en el jardín. La avena con pasas no era su merienda preferida, pero se sorprendió al descubrir que tenía hambre. Mientras se comía las galletas, Kathryn lo miraba fijamente desde la puerta, con aquella expresión seria.

—Voy a llevar a Trigger a dar un paseo —anunció Evan, mientras se limpiaba el rastro de leche de su labio superior con una servilleta de papel que la tía le había dado.

Kathryn alzó los hombros y arrugó la cara.

«Ah, cierto, no puede oírme», recordó Evan. Se acercó a la ventana de la cocina y señaló hacia donde se encontraba Trigger; con dos dedos hizo el ademán de caminar con ellos. Kathryn asintió.

«Esto va a ser difícil», pensó Evan.

El chico se despidió agitando la mano y luego corrió hacia el jardín para liberar a Trigger.

Minutos después, el perro tiraba de la correa y olfateaba las flores del camino a medida que Evan se alejaba hacia la calle. Las

otras casas del vecindario eran parecidas a la de Kathryn. También tenían jardines delante con el césped bien cortado.

El muchacho vio a algunos niños pequeños jugando alrededor de un sauce y también a un hombre de mediana edad, con unos pantalones amarillos impermeables, lavando su coche con la manguera del jardín, pero no vio niños de su edad.

Trigger le ladró a una ardilla, dio un tirón y la correa se escapó de la mano de Evan.

—¡Oye, vuelve aquí! —gritó Evan.

Trigger, desobediente como siempre, salió corriendo detrás de la ardilla.

Ésta trepó hábilmente por el tronco de un árbol, pero Trigger pasó de largo, empeñado en su persecución, puesto que la vista le fallaba a causa de la edad.

Evan corrió a toda velocidad llamando al perro, hasta que finalmente Trigger se dio cuenta de que había perdido la carrera.

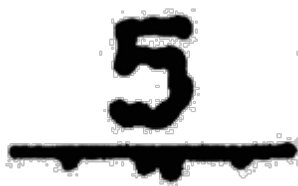
Respirando con dificultad, Evan atrapó la correa.

—Te pillé —dijo.

Tiró de la correa e intentó guiar al perro jadeante de vuelta a la calle de Kathryn, pero Trigger, al olfatear alrededor del tronco oscuro de un árbol, hizo que tomaran un camino equivocado.

Evan estaba a punto de coger al perro en brazos cuando sintió una mano sobre su hombro y se sobresaltó.

—Oye, ¿y tú quién eres? —le preguntó una voz.



Evan se giró sobre sus talones y vio a una niña que lo miraba con unos grandes ojos marrones.

—¿Por qué me sujetas de ese modo? —le preguntó. Su corazón latía aún a toda prisa.

—Para asustarte —dijo ella sencillamente.

—¿Sí? Pues... —Evan se encogió de hombros. Trigger dio un fuerte tirón a la correa y casi lo tiró al suelo.

La niña se rió.

«Es bonita», pensó él. Tenía el cabello corto y ondulado, casi negro, ojos castaños brillantes y una sonrisa juguetona. Llevaba una camiseta amarilla talla extra grande, faldapantalón negra, y zapatillas deportivas de un amarillo intenso.

—Bueno, ¿y tú quién eres? —preguntó ella.

Evan estaba seguro de que no era la típica niña tímida.

—Yo soy yo —dijo él, mientras dejaba que Trigger diera vueltas alrededor del árbol.

—¿Vives en la casa Witerhalter? —preguntó ella, siguiéndolo.

Él sacudió la cabeza.

—No, sólo estoy de visita. —Ella frunció el ceño con disgusto—. Por un par de semanas —agregó Evan—. Estoy con mi tía. En realidad, ella es mi tía abuela.

—¿Y es simpática? —preguntó ella.

—¡Qué va! —respondió Evan sin reír—. En absoluto.

Trigger husmeó un bicho color café en una hoja.

—¿Ésta es tu bicicleta? —preguntó Evan, y señaló la BMX roja

que estaba sobre el césped, detrás de ella.

—Sí —respondió.

—Es buenísima —dijo él—. Yo tengo una igual.

—A mí me gusta tu perro —repuso la niña mirando a Trigger—. Se ve que es realmente bobo. A mí me gustan los perros bobos.

—Pues creo que a mí también —dijo Evan riéndose.

—¿Cómo se llama? ¿Tiene un nombre bobo?

La niña se agachó para acariciar el lomo de Trigger, pero el perro se asustó.

—Se llama Trigger —respondió Evan, y esperó una respuesta.

—Sí. Es muy bobo —dijo ella pensativamente—. Especialmente para un cocker spaniel.

—Gracias —dijo Evan un poco inseguro.

Trigger se dio la vuelta para oler la mano de la niña mientras agitaba la cola y la lengua le colgaba hasta el suelo.

—Yo también tengo un nombre ridículo —admitió la niña. Y esperó a que Evan se lo preguntara.

—¿Cuál es? —inquirió finalmente él.

—Andrea.

—Ése no es un nombre ridículo.

—Lo detesto —dijo ella mientras se quitaba una hierbecilla—. ¡Andreeeeea! —pronunció el nombre con una voz grave y educada—. Suena tan rimbombante que creo que debería llevar pantalones de terciopelo con una blusa de encaje y caminar con un caniche miniatura. Por eso me hago llamar Andy.

—¡Hola!, Andy —dijo Evan acariciando a Trigger—. Yo me llamo...

—¡No me lo digas! —interrumpió ella, tapándole la boca con la mano.

«Definitivamente no es nada tímida», pensó Evan.

—Déjame adivinar —dijo ella—. ¿También es un nombre ridículo?

—Sí —aseguró él—. Es Evan. Imagínate qué ridículo.

Ella se rió.

—Ése sí que es un nombre ridículo de verdad.

Él se alegró de haberla hecho reír y eso le gustó, pues muchas niñas de su vecindario no entendían su sentido del humor.

Pensaban que él era tonto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Andy.

—Llevo a Trigger de paseo. Estoy explorando el vecindario.

—Es muy aburrido —dijo ella—. Sólo hay unas pocas casas.
¿Quieres ir al centro? Está a unas manzanas de aquí.

Andy señaló calle abajo.

Evan dudó. No le había dicho a su tía que iría al centro. Pero ¡y qué! A ella no le importaría.

Además, ¿qué podría ocurrir?

6

—De acuerdo —aceptó Evan—. Vamos a ver el centro.

—Tengo que ir a una juguetería a buscar un regalo para mi primo —dijo Andy, levantando su bicicleta por el manillar.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Evan, tirando de Trigger.

—Doce.

—Yo también —dijo él—. ¿Puedo montar en tu bici?

Ella agitó la cabeza mientras se montaba.

—No. Pero puedes correr a mi lado —dijo riéndose.

—Eres muy amable —bromeó él, corriendo para alcanzarla cuando comenzó a pedalear.

—Y tú eres bobo —gritó ella alegremente.

—¡Oye, Andreeeeea, espera! —gritó, alargando el nombre para molestarla.

Pocas calles después llegaron al centro. Allí no había casas sino unas tres manzanas de edificios de oficinas y tiendas de pocos pisos. Evan vio una pequeña oficina de correos, una barbería con un antiguo cartel de aviso que colgaba de la puerta, una tienda de ultramarinos, un cajero automático de banco y una ferretería con un letrero muy grande en el escaparate que anunciaba una oferta de semillas para pájaros.

—La tienda de juguetes está en la próxima manzana —dijo Andy, caminando al lado de su bicicleta, sobre la acera. Evan acortó la correa de Trigger, para obligarlo a mantener su paso—. Realmente hay dos jugueterías, una nueva y una vieja. Pero a mí me gusta más la vieja.

—Vamos a verla —dijo Evan, mientras examinaba el escaparate de la tienda de vídeos en la esquina.

«¿Tendrá tía Kathryn grabadora de vídeo? —se preguntó Evan, pero pronto desechó la idea—: Imposible...»

La juguetería estaba en un edificio antiguo que no había sido pintado en muchos años. Un pequeño letrero escrito a mano en el polvoriento escaparate decía: «Variedades y novedades Wagner.» No había ningún juguete allí.

Andy dejó su bicicleta frente al edificio.

—El propietario es a veces un poco cascarrabias. No creo que te deje entrar con el perro.

—Bueno, vamos a intentarlo —afirmó Evan, abriendo la puerta.

Trigger entró tirando insistentemente de la correa. Evan le siguió; el lugar estaba mal iluminado, era estrecho y tenía el techo bajo. Sus ojos tardaron un poco en adaptarse a la escasa luz del establecimiento.

La tienda de Wagner parecía más una ferretería que una juguetería. Había estanterías que llegaban hasta el techo, apoyadas contra las dos paredes, llenas de cajas de juguetes, y a todo lo largo un mostrador, que dejaba unos corredores tan estrechos que alguien tan flaco como Evan debía caminar de lado.

En la parte delantera de la tienda, encorvado en una silla, detrás de una antigua caja registradora, estaba sentado un hombre hosco. Tenía un mechón de pelo blanco en el centro de una cabeza calva y enrojecida, y un delgado bigote blanco, que le daba un aire disgustado.

—¡Hola! —le dijo tímidamente Andy.

Él respondió con un gruñido y continuó mirando el periódico.

Trigger olfateó entusiasmado las estanterías de la parte de abajo. Evan echó una ojeada a la gran cantidad de juguetes que había. A juzgar por la capa de polvo, debían de estar en ese lugar desde hacía cien años. Todo parecía revuelto: muñecas al lado de juegos de construcción; complementos para dibujo con figuras antiguas; un tambor de juguete enterrado debajo de un montón de pelotas de fútbol.

Él y Andy eran los únicos clientes que había en la tienda.

—¿Aquí tienen juegos de Nintendo? —le susurró Evan a Andy,

temeroso de romper el silencio.

—No creo —musitó Andy—. Voy a preguntar. —Andy gritó—: ¿Tiene juegos de Nintendo?

El hombre tardó un momento en responderle; se rascó la oreja y gruñó:

—No tenemos —respondió, evidentemente molesto por la interrupción.

Andy y Evan caminaron hacia el fondo de la tienda.

—¿Por qué te gusta este lugar? —le preguntó Evan en voz baja, mientras examinaba una pistola de vaquero.

—Creo que es especial —explicó Andy—. Aquí puedes encontrar verdaderos tesoros. No es como las demás jugueterías.

—De eso estoy seguro —dijo Evan burlonamente—. ¡Anda, mira esto! —exclamó Evan agarrando una caja que tenía en la tapa un vaquero vestido de negro—. Hopalong Cassidy. ¿Quién es Hopalong Cassidy?

—Un vaquero con un nombre ridículo —dijo Andy, quitándole la caja a Evan para examinarla—. Mira, es metálica, no de plástico. Me pregunto si a mi primo le gustaría.

—Es un regalo muy raro —dijo Evan.

—Se trata de un primo muy raro —bromeó Andy—. Mira esto. —Andy soltó la caja y alzó otra mucho más grande—. Es un juego de magia. «Asombra a tus amigos. Realiza cien trucos sorprendentes» —leyó ella.

—Cien son demasiados trucos sorprendentes —dijo Evan, que se fue aún más hacia el fondo de la tienda, siguiendo a Trigger, que lo olfateaba todo—. ¡Aaahhh...!

Para sorpresa de Evan, una puerta pequeña lo condujo a una habitación oscura y estrecha, aún más oscura y llena de polvo que la tienda. Al entrar vio viejos animales de felpa revueltos en cajas de cartón, juegos rotos, guantes de béisbol gastados y descosidos, cajas amarillentas...

«¿A quién le interesará esta porquería?», pensó.

Estaba a punto de salir cuando algo llamó su atención. Era un tarro azul, del tamaño de un bote de sopa. Lo agarró y se sorprendió de lo que pesaba.

Acercó el tarro para examinarlo bajo la tenue luz, y leyó en la

etiqueta desteñida: SANGRE DE MONSTRUO. Debajo, en letra más pequeña: «Sustancia sorprendentemente milagrosa.»

«¡Vaya! Esto es increíble», pensó mientras le daba la vuelta al tarro.

De repente recordó los diez dólares que su madre le había metido en el bolsillo de la camisa.

Al girarse vio al enfurecido dueño de la tienda que estaba de pie en la entrada de la habitación oscura, con los ojos entrecerrados y una expresión de rabia.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? —rugió.

7

Al oír el grito del hombre, Trigger se asustó y ladró con todas sus fuerzas.

Evan agarró fuerte la correa, y tiró del perro.

—Eeehh... ¿cuánto cuesta esto? —preguntó mientras levantaba el tarro de Sangre de Monstruo.

—No está a la venta —dijo el dueño bajando un poco la voz; el bigote parecía arrugarse con el resto de la cara en un gesto de desagrado.

—¿Por qué? Estaba aquí en el estante —señaló Evan.

—Es muy viejo —insistió el hombre—. A lo mejor está pasado.

—No importa, me lo llevo de todos modos —dijo Evan—. ¿Me lo vende más barato, por ser tan viejo?

—¿Qué es? —preguntó Andy cuando apareció en la puerta.

—No lo sé —dijo Evan—. Pero parece increíble. Se llama Sangre de Monstruo.

—No está a la venta —insistió el hombre.

Andy se abrió paso y tomó el tarro de las manos de Evan.

—¡Vaya!, yo también quiero una —dijo moviendo la lata en su mano.

—Sólo hay una —repuso Evan.

—¿Estás seguro? —Y comenzó a buscar en la estantería.

—Os digo que eso no está en condiciones —insistió el dueño, exasperado.

—Necesito una —le dijo Andy a Evan.

—Lo siento —replicó Evan, quitándole la lata—. Yo la vi

primero.

—Te la compro —dijo Andy.

—¿Por qué no la compartís? —sugirió el dueño.

—¿O sea que nos la va a vender? —preguntó Evan.

El hombre se encogió de hombros y se rascó la oreja.

—¿Cuánto? —preguntó Evan.

—¿Está seguro de que no tiene otra? —insistió Andy, volviendo a la estantería y tumbando, de paso, una pila de osos panda de felpa —. Tal vez tenga otras dos. Podría quedarme con una y darle otra a mi primo.

—Dos dólares, me parece —le dijo el viejo a Evan—. Pero repito que eso no está en condiciones. Es muy viejo.

—No me importa —replicó Evan, buscando en el bolsillo de su camisa el billete de diez dólares.

—Está bien, pero luego no vengas a reclamar —refunfuñó el hombre, dirigiéndose a la registradora que estaba cerca de la entrada.

Unos minutos después, Evan caminaba bajo la luz del sol, llevando consigo la lata azul. Trigger saltaba alegremente, batiendo su colita, feliz de haber abandonado esa tienda oscura y polvorienta. Andy los seguía pero su cara mostraba una expresión triste.

—¿No compraste la caja? —preguntó Evan.

—No cambies de tema —reclamó ella—. Te doy cinco dólares por ella.

Andy estiró la mano para alcanzar la Sangre de Monstruo.

—Ni lo pienses —replicó Evan y se rió—. Realmente te gusta salirte con la tuya, ¿no es cierto?

—Soy hija única —dijo ella—. No puedo evitarlo, estoy malcriada.

—Yo también —añadió Evan.

—Tengo una idea —sugirió Andy mientras retiraba su bicicleta de la pared del edificio—. Compartámosla.

—¿Compartirla? —dijo Evan agitando la cabeza—. La compartiré como tú compartiste tu bici.

—¿Quieres montar en bici hasta casa? Tómala. —Y se la lanzó.

—Pues no —dijo él, empujando la bicicleta hacia ella—. Ahora

no montaré tu estúpida bici. De todos modos es de niña.

—No —insistió ella—. ¿Cómo es una bici de niña?

Evan no hizo el menor caso a la pregunta y tirando de la cuerda para que el perro se moviera comenzó a caminar hacia la casa de su tía.

—¿Cómo es una bici de niña? —repitió Andy caminando a su lado.

—Te diré una cosa —sugirió Evan—. Volvamos a casa de mi tía y abramos la lata. Seguro que será divertido.

—Sí, será fabuloso —dijo Andy con tono de burla—. Eres fantástico, Evan.

—Lo sé —repuso él guiñándole el ojo.

Kathryn estaba sentada en una gran poltrona cuando Evan y Andy llegaron. «¿Con quién estará hablando?», se preguntó Evan cuando oyó la voz de su tía. Parecía discutir acaloradamente con alguien.

Mientras guiaba a Andy hacia el salón, se dio cuenta de que sólo se trataba de Sarabeth, la gata negra. Cuando Evan entró, la gata se giró y salió de la habitación a toda prisa.

Kathryn miró a Evan y a Andy con sorpresa.

—Te presento a Andy —dijo Evan, señalando a su nueva amiga.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Kathryn, sin percatarse de Andy y extendiendo la mano para coger la lata de Sangre de Monstruo.

Evan se la dio a regañadientes. La tía frunció el ceño, dio vueltas a la lata en su mano y se detuvo a leer la etiqueta, moviendo los labios a medida que lo hacía. La levantó nuevamente y la miró más despacio, como si la estudiara con detenimiento; finalmente se la devolvió a Evan, que en cuanto la tuvo en sus manos emprendió el camino a su habitación con Andy; en ese momento escuchó que su tía murmuraba algo. No pudo oírlo muy bien; era algo así como «ten cuidado», pero no estaba seguro.

Al volverse vio que Sarabeth lo miraba desde la entrada con sus ojos amarillos y brillantes.

—Mi tía está completamente sorda —explicó Evan a Andy mientras subían por las escaleras.

—¿O sea que puedes poner tu equipo estéreo-fónico tan alto como quieras? —preguntó Andy.

—No creo que la tía Kathryn tenga equipo de música —dijo Evan.

—¡Qué lástima! —se lamentó Andy caminando por la habitación de Evan; retiró las cortinas y vio abajo a Trigger, encerrado en su jaula—. ¿De verdad es tu tía abuela? —preguntó Andy—. No parece tan vieja.

—Es por el pelo negro —explicó Evan, poniendo la lata de Sangre de Monstruo sobre el escritorio, en medio de la habitación—. Eso la hace parecer más joven.

—¡Anda, mira todos estos libros de magia! —exclamó Andy—. Me pregunto por qué tu tía tiene todo esto. —Retiró uno de los viejos y pesados volúmenes de la estantería, que estaba lleno de polvo y sopló—. Tal vez tu tía esté planeando venir aquí cuando estés dormido y convertirte en una salamandra.

—Tal vez —replicó Evan haciendo una mueca—. A propósito, ¿qué es una salamandra?

Andy se encogió de hombros.

—Una clase de lagartija, creo. —La muchacha hojeó las páginas amarillas de un libro—. Me has dicho que no había nada que hacer aquí —continuó Andy—. Podrías dedicarte a leer todos estos libros fabulosos.

—No, gracias. ¡Qué horror!

Andy puso el libro en su lugar y se detuvo junto a Evan, que estaba cerca del escritorio mirando fijamente la lata de Sangre de Monstruo.

—Ábrela. Es viejísima. Probablemente esté podrida.

—Eso espero —dijo Evan. Tornó la lata en sus manos y la estudió—. No tiene instrucciones.

—Levanta la tapa y ya está —dijo Andy con impaciencia.

Él tiró del cierre. No se movió.

—Tal vez necesitemos un abrelatas o algo así —dijo ella.

—¡Qué gran ayuda! —murmuró Evan mirando nuevamente la etiqueta—. Mira. No tiene instrucciones. No aparecen los ingredientes. Nada.

—Claro que no. ¡Es Sangre de Monstruo! —exclamó ella imitando al conde Drácula. Agarró a Evan del cuello e hizo como si fuera a asfixiarlo.

Él se rió.

—Suéltame... Podrías ayudarme.

Golpeó la lata en el escritorio... y la tapa saltó.

—¡Mira! —gritó Evan.

Andy le soltó el cuello y ambos dirigieron sus miradas hacia el interior de la lata.



La sustancia que había en la lata era de un color verde brillante. Lanzaba unos destellos parecidos a los de la gelatina cuando se la pone al trasluz.

—Tócala —dijo Andy. Pero antes de que Evan lo hiciera, ella metió un dedo en la lata—. Está fría —dijo—. Tócala. Está muy fría.

Evan la tocó. Era fría, y más espesa que la gelatina, más densa.

Evan introdujo el dedo y cuando lo retiró se produjo un ruido parecido a una succión.

—¡Qué asqueroso! —dijo Andy.

Evan se encogió de hombros.

—He visto cosas peores.

—Te apuesto a que brilla en la oscuridad —dijo Andy, y se dirigió a toda prisa hacia el interruptor de la luz, cerca de la puerta—. Seguro que ese verde es de los que brillan en la oscuridad.

Apagó la bombilla del techo, pero la luz del atardecer aún se filtraba entre las cortinas de la ventana.

—Hazlo dentro del armario —sugirió Andy nerviosa y excitada.

Evan llevó la lata al armario.

—¡Puaj! Naftalina —exclamó la niña—. No puedo respirar.

La Sangre de Monstruo sí brillaba en la oscuridad. Un haz circular de luz verde parecía centellear en la lata.

—¡Vaya! Es increíble —dijo Andy tapándose la nariz para evitar respirar el repugnante olor de la naftalina.

—Yo tenía otra masa parecida —dijo Evan un poco desencantado—. Se llamaba algo así como Blandiblup, Porquería o

algo por el estilo.

—Bueno, si tú no la quieres, dámela a mí —sugirió Andy.

—No he dicho que no la quiera —contestó rápidamente Evan.

—Salgamos de aquí —sugirió Andy.

Evan empujó la puerta y salieron del armario cerrando la puerta de un portazo.

Aspiraron un poco de aire fresco durante unos segundos.

—¡Uf, odio ese olor! —afirmó Evan; luego miró a Andy y se dio cuenta de que ella había cogido un puñado de Sangre de Monstruo de la lata.

Andy la estrujó en su mano.

—Se siente aún más fría fuera de la lata —dijo ella, haciéndole una mueca a Evan—. Mira, cuando la aplastas vuelve enseguida a su forma anterior.

—Sí. Probablemente también rebota —dijo Evan, que no parecía impresionado—. Lánzala contra el suelo. Todas estas cosas rebotan como el caucho.

Andy amasó el pedazo de Sangre de Monstruo, hizo una bola y la dejó caer al suelo. Rebotó hacia su mano y la lanzó de nuevo con más fuerza. Esta vez saltó contra la pared y salió despedida por la puerta de la habitación.

—Rebota muy bien —dijo Andy, y corrió tras la bola, fuera de la habitación—. Comprobemos si se estira. —La tomó entre sus manos y tiró de ella hasta transformarla en una cuerda delgada—. Sí. También se estira.

—Pues no es nada especial —dijo Evan—. La que tenía antes también rebotaba y se estiraba bastante bien. Pensé que esta cosa sería diferente.

—Se mantiene fría aún después de haberla tenido en las manos —dijo Andy de vuelta a la habitación. La muchacha le echó un vistazo a la pared y vio una mancha oscura cerca del armario.

—¡Ay, no! Mira, esta cosa mancha.

—Llevémosla fuera y lancémosla allá —sugirió Andy.

—De acuerdo —aprobó él—. Vamos al jardín de atrás y así Trigger no se sentirá tan solo.

Evan le alcanzó la lata y Andy volvió a poner allí el pedazo de Sangre de Monstruo. Luego bajaron las escaleras, y se fueron al

jardín; allí saludaron a Trigger, que se portó como si no los hubiese visto en veinte años.

Finalmente, el perro se calmó y se sentó, jadeante, bajo la sombra de un árbol.

—Buen chico —le dijo tranquilamente Evan—. Tómallo con calma. Tranquilo, viejo amigo.

Andy metió la mano en la lata y sacó un poco de masa verde. Evan la imitó. La amasaron hasta que ambos obtuvieron dos bolas, y comenzaron a jugar a tirarlas y atraparlas.

—Es buenísima porque no se deforma —le dijo Andy mientras tiraba al aire una de las bolas verdes.

Evan se cubrió con una mano los ojos para protegerlos de la luz del atardecer y atrapó la bola con la otra.

—Todas estas cosas son lo mismo —dijo—. No tienen nada de especial.

—Pues a mí me parece buenísima —insistió Andy, a la defensiva.

El siguiente lanzamiento de Evan fue demasiado alto. La bola de masa verde pasó entre las manos de Andy.

—¡Uy! —gritó Andy.

—Perdona —dijo Evan.

Ambos se quedaron mirando cómo la bola rebotaba una, dos veces y luego paraba justo enfrente de Trigger.

El perro se asustó y saltó sobre sus patas; luego se acercó a olerla.

—¡No! —gritó Evan—. ¡Deja eso! No lo toques. —Desobediente como siempre, el perro se agachó y lamió la bola verde—. ¡No, Trigger! ¡Suelta! ¡Suelta! —gritó Evan asustado.

Él y Andy corrieron hacia el perro, pero no llegaron a tiempo.

Trigger mordió la bola de Sangre de Monstruo con los dientes y comenzó a masticarla.

—¡No, Trigger! —gritó Evan—. ¡No te la tragues! ¡No te la tragues!

Trigger se la tragó.

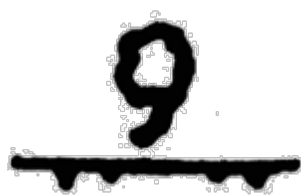
—¡Oh, no! —empezó a lloriquear Andy, cerrando los puños y llevándoselos a las sienes—. ¡Ahora no habrá suficiente para poderla compartir!

Pero a Evan eso no le preocupaba. Se puso de rodillas y le abrió la mandíbula al perro, pero la masa verde no estaba. Definitivamente, se la había tragado.

—Perro tonto —dijo, soltando el hocico del animal.

Evan sacudió la cabeza. Estaba preocupado.

«¿Qué pasará si Trigger enferma? —se preguntó Evan—. ¿Qué pasaría si eso fuera veneno?»



—¿Comeremos pastel hoy? —preguntó Evan a su tía. Escribió la pregunta en un cuadernillo con cubierta amarilla que había encontrado en el escritorio de su habitación.

Kathryn leyó la pregunta mientras se arreglaba su cola de caballo negra. A la luz de la mañana, que entraba por la ventana de la cocina, la cara de su tía era más pálida que la harina.

—¿Pastel? ¿Qué pastel? —preguntó displicentemente.

Evan se quedó boquiabierto y decidió no recordárselo.

—Ve a jugar con tus amigos —dijo Kathryn, otra vez en el mismo tono, mientras acariciaba la cabeza de Sarabeth, que pasaba cerca de la mesa de la cocina—. ¿Para qué vas a quedarte en casa con una vieja bruja?

Habían transcurrido tres días. Evan había intentado ser amistoso con su tía, pero cuanto más lo intentaba, más distante se tornaba ella.

«La tía es mala, realmente mala», pensaba Evan mientras se comía la última cucharada de cereal de trigo, lo único que había en la casa.

El muchacho se esforzaba por comérselo cada mañana. Incluso con leche, el cereal era muy seco y ella no le permitía añadirle azúcar.

—Parece que va a llover —dijo Kathryn mientras bebía un largo sorbo de té que había preparado. Sus dientes castañeteaban a medida que lo tomaba.

Evan se giró para mirar por la ventana y vio brillar el sol. ¿Qué

le hacía pensar que llovería?

El muchacho la miró; estaba sentada al otro lado de la mesa de la cocina. Por primera vez se dio cuenta de que llevaba un colgante alrededor del cuello. Era de color crema y tenía una forma parecida a un hueso.

—Sí, Evan concluyó que definitivamente se trataba de un hueso.

Lo miró fijamente, intentando determinar si era de verdad, tal vez de algún animal, o quizá de marfil. Cuando Kathryn se dio cuenta de esto, cogió el colgante con una de sus grandes manos y lo introdujo por el cuello de la blusa.

—Ve a ver a tu amiga. Es una niña muy bonita —dijo Kathryn. Bebió otro largo sorbo de té y nuevamente los dientes temblaron.

«Sí, debo salir de aquí», decidió Evan. Echó su silla hacia atrás, se puso de pie y llevó su plato al fregadero.

«No lo soporto más —pensó Evan—. Ella me odia, realmente me odia.»

Corrió escaleras arriba, hacia su dormitorio, donde se peinó. Mientras se miraba en el espejo, pensó en la conferencia que había tenido con su madre la noche anterior.

Había llamado justo después de la cena, y él dedujo inmediatamente, por el tono de la voz, que algo no iba bien en Atlanta.

—¿Cómo van las cosas, mamá? —preguntó entusiasmado al escuchar la voz de ella, aunque estuviese a muchos kilómetros de distancia.

—Lentas —contestó su madre.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo está papá? ¿Ya habéis encontrado casa?

Le salían las preguntas como se le sale el aire a un globo.

—Espera. Cálmate —replicó la señora Ross, cuya voz parecía cansada—. Los dos estamos bien, pero encontrar una casa nos llevará más tiempo del que pensábamos. No hemos visto nada que nos guste.

—Eso quiere decir... —comenzó a decir Evan.

—Visitamos una casa estupenda; es grande y muy bonita —lo interrumpió su madre—. Pero el colegio que vimos no era muy

bueno.

—¡Ah, eso no importa! Yo no tengo que ir al colegio —bromeó Evan.

Podía escuchar a lo lejos que su padre decía algo. Su madre tapó el micrófono para responderle.

—¿Cuándo vas a venir a recogerme? —preguntó con ansiedad.

La señora Ross se tomó unos instantes de reflexión antes de responderle.

—Pues... ése es el problema —dijo finalmente—. Vamos a tener que quedarnos algunos días más de lo que pensábamos. ¿Cómo están las cosas allá, Evan? ¿Estás bien?

Al saber que tendría que seguir con Kathryn aún más tiempo el muchacho tuvo ganas de gritar y patear, pero no quería disgustar a su madre y le respondió que se encontraba bien y que tenía una nueva amiga.

El señor Ross se puso al teléfono e intentó animarlo.

—Aguenta un poco —le dijo antes de terminar la conversación.

«Estoy aguantando», pensó él con tristeza.

Al oír las voces de sus padres sintió mucha más nostalgia de su hogar.

Así llegó el día siguiente. Evan dejó el peine a un lado y se observó detenidamente en el espejo del armario. Vestía unos pantalones téjanos cortos y una camiseta roja.

Una vez abajo, pasó corriendo por la cocina, donde Kathryn aparentemente discutía con Sarabeth. Salió por la puerta de atrás y corrió hasta donde se encontraba el perro.

—¡Hola, Trigger!

El cocker spaniel dormía tumbado en su jaulita y roncaba suavemente.

—¿No quieres ir a casa de Andy? —le preguntó Evan en voz baja. Trigger se movió pero no abrió los ojos—. De acuerdo. Nos veremos más tarde —dijo Evan. Se aseguró de que hubiera agua en el recipiente de Trigger, y luego se dirigió hacia la calle.

Andaba por la mitad de la siguiente manzana, caminando lentamente, pensando en sus padres que se encontraban tan lejos, cuando escuchó una voz que lo llamaba.

—¡Oye, tú!

Entonces aparecieron dos niños que le cerraron el paso.

Asustado, miró a uno y al otro. Eran gemelos; gemelos idénticos. Ambos eran altos, fuertes, con el cabello muy rubio y la cara redonda y colorada. Vestían camisetas negras pintadas con nombres de bandas de rock duro; llevaban pantalones cortos y amplios y zapatillas deportivas de media caña con los cordones desatados, sin calcetines. Evan calculó que tendrían catorce o quince años.

—¿Quién eres tú? —preguntó amenazadoramente uno de ellos, entrecerrando los ojos grises para parecer más bruto. Los gemelos empezaron a acercarse a Evan, que dio un paso atrás.

«Estos tipos son el doble de grandes que yo —pensó el muchacho; sentía que el miedo le subía de los pies a la cabeza—. ¿Estarán solamente haciéndose los chulos o realmente buscan problemas?», se preguntó.

—Estoy en casa de mi tía —tartamudeó Evan, mientras se metía las manos en los bolsillos y reculaba otro paso.

Los gemelos se lanzaron una rápida mirada.

—No puedes caminar por esta manzana —dijo uno de ellos acercándose más a Evan.

—Es cierto. No eres residente —agregó el otro.

—¡Uff, eso sí que es fuerte! —bromeó Evan, e inmediatamente se arrepintió de haber hablado.

«¿Por qué no mantengo nunca mi boca cerrada?», se preguntó. Miró a su alrededor, buscando a alguien que pudiese echarle una mano en caso de que los gemelos se pusieran agresivos, pero no vio a nadie. Las puertas de las casas estaban cerradas y los jardines vacíos. A lo lejos divisó a un cartero, pero iba en dirección contraria y estaba demasiado lejos para gritarle.

No había nadie a la vista, así que nadie podía ayudarle.

Los dos muchachos seguían acercándose a él, con senos semblantes y miradas amenazadoras.

10

—¿Adónde crees que vas? —preguntó uno de los gemelos, con las manos a los lados y los puños cerrados. Se acercó hasta que estuvo a unos pocos centímetros de Evan, forzándolo a retroceder algunos pasos.

—A visitar a una amiga —respondió Evan vacilante. Posiblemente esos tipos sólo fanfarroneaban.

—Está prohibido —dijo un gemelo sonriéndole a su hermano. Los dos se adelantaron en dirección hacia Evan, forzándolo a bajar de la acera y a quedarse en la calle.

—No eres residente —repitió uno entrecerrando los ojos para parecer más malo.

—Bueno, ya basta muchachos —dijo Evan tratando de hacerse a un lado, caminando por la calle para evitarlos. Pero ambos se le adelantaron rápidamente y le bloquearon el paso.

—Tal vez podrías pagar un peaje —dijo uno de los gemelos.

—Sí —se apresuró a corroborar el otro—. Deberías abonar el importe de los noresidentes y así obtendrías un permiso temporal para caminar por esta manzana.

—No tengo dinero —dijo Evan, cuyo temor aumentaba por momentos.

De repente recordó que llevaba ocho dólares en el bolsillo.

¿Se lo robarían los gemelos? ¿Lo golpearían y luego se lo quitarían?

—Tienes que pagar el peaje —dijo uno de los gemelos mirándolo de reojo—. Vamos a ver cuánto tienes.

Los dos se abalanzaron sobre él y lo agarraron. Evan retrocedió, y de repente el miedo atenazó sus piernas.

Súbitamente se oyó una voz que provenía del otro lado de la calle.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pasa?

Evan alzó los ojos y a través de los fornidos muchachos vio a Andy que iba hacia ellos a toda velocidad en su bicicleta.

—Hola, Evan —saludó.

Los gemelos se alejaron de él para saludar a la recién llegada.

—Hola, Andy —dijo uno de ellos con tono burlón.

—¿Cómo te va, Andy? —preguntó el otro imitando el tono de voz de su hermano.

La muchacha frenó y puso los pies en el suelo. Llevaba unos pantalones cortos de color rosado intenso y una camiseta amarilla sin mangas. Su cara estaba roja y la frente llena de sudor debido al esfuerzo que había realizado al pedalear con tanta rapidez.

—Rick y Tony —dijo ella con cara de disgusto—, oídme bien...

—Andy se volvió hacia Evan—. ¿Te estaban molestando?

—Pues... —balbuceó Evan inseguro.

—Le dábamos la bienvenida al vecindario —dijo Rick, al tiempo que sonreía a su hermano.

Tony iba a decir algo, pero Andy lo interrumpió.

—Bueno, pues dejadlo en paz.

—¿Acaso eres tú su mamá? —preguntó entre risitas Tony. Se volvió hacia Evan y lo arrulló, como si fuera un bebé.

—Lo dejaremos en paz —dijo Rick acercándose a Andy—. Tomaremos prestada tu bici y nos olvidaremos de él.

—Ni se os ocurra —advirtió acaloradamente Andy.

Pero antes de que ella se pudiera mover, Rick cogió el manillar.

—¡Suéltala! —gritó Andy, tratando de quitarle la bici al gemelo.

Rick la atrapó con fuerza y Tony le dio un fuerte empujón a Andy.

Ella perdió el equilibrio, se cayó, y la bicicleta le cayó encima.

—¡Aaayyy! —exclamó la muchacha cuando su cabeza golpeó el borde de la acera. La niña se quedó tendida con los brazos estirados y con la bicicleta encima.

Antes de que pudiera ponerse en pie, Tony se acercó y le quitó

la bicicleta. Pasó la pierna por encima de la silla y empezó a pedalear furiosamente.

—Espera —dijo su hermano, que se puso a correr tras él mientras reía.

En pocos segundos los gemelos habían desaparecido por una esquina, con la bicicleta de la muchacha.

—Andy, ¿estás bien? —gritó Evan dirigiéndose rápidamente hacia la acera—. ¿Te encuentras bien?

Evan tomó a Andy de la mano y la ayudó a levantarse. Ella se puso de pie con dificultad, mientras se frotaba la nuca.

—Odio a esos imbéciles —dijo. Se sacudió el polvo del pantalón y de las piernas—. ¡Ayy, cómo me duele!

—¿Quiénes son? —preguntó Evan.

—Los gemelos Beymer —respondió ella, disgustada—. Son de lo más pesado que te puedas imaginar —añadió con voz cansada.

Andy se miró la pierna para ver si se había cortado pero sólo se había hecho un rasguño.

—Se creen los mejores, pero en realidad son unos imbéciles.

—¿Y qué pasa con tu bici? ¿Llamamos a la policía o qué? —preguntó Evan.

—No hace falta —dijo ella tranquilamente, mientras se arreglaba el pelo—. Ya la recuperaré. No es la primera vez que me hacen esto. Cuando se cansan la dejan tirada en algún lugar.

—Pero deberíamos... —comenzó Evan.

—Hacen lo que les da la gana —interrumpió Andy—. No hay nadie en su hogar que los vigile. Viven con la abuela, pero ella nunca está en casa. ¿Te han molestado mucho?

Evan asintió.

—Creí que tendría que pegarles —bromeó Evan.

Andy no sonrió.

—A mí me gustaría pegarles —dijo ella con rabia—. Aunque fuera sólo una vez me gustaría vengarme. Se meten con todos los chicos del vecindario. Creen que pueden hacer lo que les plazca porque son grandes y porque son dos.

—Te has hecho un corte en la rodilla —señaló Evan.

—Mejor voy a casa y me la limpio —contestó ella haciendo girar los ojos con disgusto—. Nos vemos luego, ¿vale? Tengo que ir a un

sitio esta tarde, pero quizá podamos hacer algo mañana.

Andy se dirigió hacia su casa, mientras se frotaba la parte posterior de la cabeza.

Evan regresó a casa de Kathryn, caminando despacio, pensando en los gemelos Beymer, imaginando que peleaban, viéndose a sí mismo dándoles puñetazos y dejándolos tirados mientras Andy miraba y lo aplaudía.

Kathryn estaba sacando el polvo de la habitación delantera cuando él entró, pero ni lo miró. Evan subió rápidamente las escaleras hasta su habitación.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó mientras se paseaba de un lado a otro. La Sangre de Monstruo atrajo su atención, así que se acercó al estante y cogió el tarro de la repisa del centro.

Levantó la tapa y vio que la lata estaba casi llena.

«A fin de cuentas Trigger no comió tanta masa», pensó, y se sintió aliviado.

¡Trigger!

Se había olvidado totalmente del perro. El pobre debía de estar hambriento.

Dejó a un lado la Sangre de Monstruo y corrió hacia las escaleras. Las bajó de tres en tres, apoyándose en el pasamanos. Luego corrió a toda velocidad y al llegar al jardín casi cayó dentro de la jaulita del perro.

—¡Trigger! ¡Hola, Trigger! —lo llamó.

Pero cuando aún no había recorrido la mitad del jardín, Evan supo que algo andaba mal.

Los ojos del perro estaban hinchados. Tenía la boca abierta, la lengua se movía rápidamente de lado a lado y una espuma blanca se deslizaba desde la boca hasta el suelo.

—¡Trigger!

El perro respiraba con dificultad; hacía un esfuerzo terrible en cada inspiración.

—¡Se está asfixiando! —dijo Evan.

Cuando Evan llegó adonde estaba el perro, Trigger puso los ojos en blanco y las patas se le doblaron. Todavía respiraba, pero con dificultad, y le olía muy mal el aliento.



—¡No, Trigger! —Evan cayó de rodillas al lado del perro e intentó soltarle el collar, que estaba demasiado apretado.

El pecho del perro silbaba y una saliva blanca y espesa salía de su boca.

—¡Aguanta, perrito, aguanta! —exclamó Evan lloroso.

El perro abrió exageradamente los ojos. Apparentemente no oía ni veía a Evan.

—¡Aguanta, amigo! ¡Aguanta un poco!

El muchacho no podía desatar el collar, que parecía enterrado en la piel del perro.

Con las manos temblorosas, Evan intentó tirar del collar para sacarlo, pasándolo sobre la cabeza de Trigger.

—Que se afloje, que se afloje —suplicó.

¡Sí!

El perro aulló de dolor mientras Evan acababa de quitarle el collar.

—¡Ya salió, Trigger! ¿Estás bien?

Respirando aún con dificultad, el perro saltó inmediatamente a los pies de Evan. En señal de agradecimiento, le lamió la cara, cubriéndole la mejilla con su saliva espesa y aullando como si supiera que Evan acababa de salvarle la vida.

—¡Tranquilo, tranquilo! —repetía Evan, pero el perro continuaba lamiéndolo agradecido.

Evan lo abrazó. Había sido una advertencia, él lo sabía. Si no hubiera llegado a tiempo...

Pero, no. No quería pensar en esto.

Cuando finalmente Trigger se calmó, Evan inspeccionó el collar.

—¿Por qué ha encogido este collar así, perrito? —le preguntó a Trigger.

El perro se había dirigido a la valla y sorbía frenéticamente el agua de su tazón.

«Esto es muy extraño —se dijo Evan—. El collar no puede haber encogido; es de cuero.» No había ninguna razón para que se estrechara. Entonces, «¿por qué Trigger comenzó a asfixiarse de repente?»

Evan miró con atención al perro mientras éste bebía ansiosamente el agua y respiraba frenéticamente. El perro se dio la vuelta y miró al muchacho, luego continuó bebiendo.

«Ha crecido», observó Evan.

«Definitivamente ha crecido», se dijo el muchacho.

Pero Trigger tenía doce años, lo que equivalía a ochenta y cuatro años de un ser humano. Era más viejo que tía Kathryn, y era evidente que no podía crecer a esa edad.

—Deben de ser mis ojos —concluyó Evan, tirando el collar al suelo—. Este lugar me hace ver cosas raras.

Kathryn llamaba a Evan desde la puerta de la cocina para almorzar. El muchacho le sirvió a Trigger un plato de comida deshidratada y se despidió, pero el perro no levantó los ojos del tazón de agua. Evan fue corriendo hacia la casa.

La mañana siguiente era nublada y el viento de otoño frío. Evan se dirigió hacia la casa de Andy. La encontró agachada bajo un gran arce, en el jardín delantero del vecino.

—¿Qué sucede? —gritó él.

Evan vio que Andy estaba inclinada sobre algo y movía las manos a toda prisa.

—¡Ven, ayúdame! —gritó ella sin levantar la vista.

Evan se acercó corriendo.

—¡Uy! —exclamó Evan cuando vio que Andy trataba de liberar a un gato que alguien había atado al tronco del árbol.

El gato maullaba e intentaba arañar a Andy, que esquivó las

uñas del gato y continuó desatando los gruesos nudos del lazo.

—Esto es cosa de los gemelos Beymer, lo sé —dijo casi a gritos, tratando de hacerse oír por encima de los chillidos del gato—. Este pobre animalito seguramente habrá estado atado aquí toda la noche.

Aterrorizado, el gato gruñía y chillaba casi como una persona.

—Estate quieto, gato —dijo Evan, mientras el animal atemorizado le clavaba las garras a Andy—. ¿Puedo ayudarte?

—No. Ya casi está —contestó ella aflojando el nudo—. Me gustaría atar a Rick y a Tony al árbol.

—Pobre gato, no puede estar más asustado —murmuró Evan.

—Listo —dijo Andy soltando el lazo.

El gato dio un último grito de protesta, con la cola tiesa hacia arriba. Luego salió disparado, corriendo a toda velocidad, y desapareció detrás de un arbusto sin mirar hacia atrás.

—No ha sido muy educado —musitó Evan.

Andy se puso de pie y suspiró. Llevaba unos téjanos desteñidos y una camiseta verde talla extra grande, que le llegaba casi hasta las rodillas. Se levantó el borde de la camiseta para observar un agujero que el gato le había hecho.

—No puedo creer lo que hicieron ese par de imbéciles —dijo sacudiendo la cabeza.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía o a la Sociedad Protectora de Animales —sugirió Evan.

—Los gemelos lo negarán todo —dijo Andy con desilusión. Luego añadió—: el gato no es un buen testigo.

Se rieron.

Ambos emprendieron el camino de vuelta hacia la casa de la tía Kathryn. Durante el trayecto hablaron acerca de cómo les gustaría darles una lección a los gemelos Beymer. Pero a ninguno de los dos se le ocurrió una buena idea.

Encontraron a Kathryn en la mesa del comedor, concentrada en un rompecabezas.

—¿Os gustan los rompecabezas? A mí me encanta mantener la mente activa, ¿sabéis? Por eso me apasionan los rompecabezas. El cerebro puede debilitarse cuando uno llega a mi edad, ciento doce años.

La tía dio una palmada sobre la mesa y se rió de su propio ingenio. Evan y Andy le sonrieron con agrado. Luego continuó con el pasatiempo, sin esperar respuesta.

—¡Va a volverme loco! —exclamó Evan.

—¡Te va a oír! —le advirtió Andy tapándole la boca con una mano.

—Ya te dije que está completamente sorda. No puede oírme. Ella no quiere escuchar a nadie. Odia a todo el mundo.

—Pues a mí me parece muy agradable —dijo Andy—. ¿Por qué lleva un hueso alrededor del cuello?

—Probablemente cree que es divino —bromeó Evan.

—Vamos arriba —dijo Andy empujando a Evan hacia las escaleras—. No me agrada hablar de tu tía delante de ella.

—Eres una vieja loca —le dijo Evan a Kathryn esbozando una gran sonrisa.

Kathryn levantó la vista de su pasatiempo y le dirigió una mirada de desdén.

—Te ha oído —dijo Andy con horror.

—No seas tonta —repuso Evan mientras subía las escaleras y tropezaba con Sarabeth.

Arriba, en el dormitorio de Evan, Andy caminaba de un lado para otro.

—¿Qué quieres hacer?

—Bueno... podríamos leer alguno de estos maravillosos libros —bromeó Evan, señalando los ejemplares polvorientos—. Tal vez encontremos un hechizo para los hermanos Beymer. ¿Te imaginas? Podríamos convertirlos en salamandras.

—Olvídate de las salamandras —dijo Andy secamente—. Oye... ¿dónde está la Sangre de Monstruo?

Antes de que Evan respondiera, ella la vio sobre una de las repisas.

Ambos corrieron a agarrarla, pero Andy llegó primero y cogió el tarro.

—Evan, mira —dijo sorprendida abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Qué pasa aquí?

Andy levantó el tarro.

La masa verde había empujado la tapa y se salía de la lata.

12

—Oye, ¿está rota la tapa, o qué? —preguntó Evan, quitándole el tarro a Andy. Lo examinó. Estaba seguro de que la tapa se había caído. La desagradable sustancia se estaba saliendo del tarro.

Evan sacó un puñado de masa verde.

—Es muy raro —exclamó—. Diría que está creciendo. —Evan apretaba la masa en su mano.— Está creciendo, no hay duda —afirmó él.

—¡Creo que sí! —exclamó Andy—. ¡Creció y se salió de la lata!

—¡Mira!, ya no está fría —dijo Evan, que hizo una bola y se la lanzó a Andy.

—Está caliente —confirmó ella—. ¡Qué raro!

Andy trató de lanzársela de nuevo, pero se le quedó pegada a la palma de la mano.

—Se está volviendo muy pegajosa —añadió la niña—. ¿Estás seguro de que ésta es la misma cosa?

—Claro que sí —respondió Evan.

—Pero antes no era pegajosa, ¿recuerdas?

Evan cogió otro puñado de la lata.

—Supongo que cambia después de abrirla —dijo él; hizo otra bola y la lanzó contra el suelo—. Mira... se ha pegado, no rebota.

—¡Qué extraño! —repitió Andy.

—Quizá debería tirarla a la basura —sugirió Evan mientras desprendía la masa pegajosa del suelo—. Porque, ¿para qué sirve si no rebota?

—Ni se te ocurra —dijo Andy—. Tenemos que descubrir qué le

sucede luego.

Un suave maullido los hizo girarse hacia la puerta.

Evan se sorprendió de ver a Sarabeth allí, observándolos con sus ojos amarillos.

¿O acaso estaría mirando el pedazo de Sangre de Monstruo que él tenía en su mano?

—La gata parece tan inteligente... —observó Andy.

—Es igual de tonta que cualquier otro gato —murmuró Evan—. Mira, quiere jugar a la pelota con la Sangre de Monstruo.

—Lo siento, gato —dijo Andy—. No rebota.

Como si lo entendiera, Sarabeth maulló y salió silenciosamente de la habitación.

—¿Y ahora, dónde voy a guardar esta cosa? —preguntó Evan—. Ya no cabe en el tarro.

—Toma. ¿Qué te parece esto? —Andy se agachó y encontró en una de las repisas inferiores un bote vacío de café.

—Sí. Muy bien.

Evan metió su pedazo de masa dentro del bote.

Andy aplastó la de ella y formó una tortilla.

—Mira, tampoco brilla como antes —dijo Andy mientras le mostraba su pedazo a Evan—. Pero está tibia. Casi caliente.

—¡Está viva! —gritó Evan bromeando—. ¡Sálvese quien pueda! ¡Está viva!

Andy se rió y comenzó a perseguir a Evan, amenazándolo con la tortilla verde.

—¡Ven a por tu Sangre de Monstruo! ¡Tómala!

En un abrir y cerrar de ojos, Evan le quitó a Andy la tortilla de la mano; luego la amasó y la metió dentro del bote de café.

Ambos miraron dentro del tarro, que estaba lleno hasta un poco más de la mitad.

—Vamos. Pruébala —tentó Andy, empujando la cara de Evan dentro del bote—. Te reto a que lo hagas.

—¿Cómo? Ni lo sueñes. Yo te reto a ti —dijo Evan, empujando de nuevo el bote hacia ella.

—Los que retan en segundo lugar tienen que hacerlo primero —insistió Andy riendo—. Vamos. ¡Pruébala!

Evan hizo una mueca de desagrado y sacudió la cabeza. Luego

tomó un buen pedazo de masa y se lo lanzó a Andy. Entre risas ella lo cogió de la alfombra y se lo lanzó a él a la cara, pero lo tiró muy alto, y el pedazo verde se quedó pegado a la pared.

Evan sacó otro poco.

Los dos muchachos se enfrascaron en una sucia y divertida batalla con Sangre de Monstruo, hasta la hora de la cena. Luego, mientras lo limpiaban todo, escucharon a Trigger a través de la ventana abierta. Estaba en su jaula y ladraba muy fuerte.

Evan alcanzó primero la ventana. El cielo estaba nublado aún, y vio que Trigger ladraba sin cesar, apoyado en la valla sobre sus patas traseras.

—¡Hola, Trigger! —gritó Evan—. ¡Estoy aquí!

—¿Qué le pasa? —preguntó Andy—. ¿Está creciendo tu perro todavía? ¡Se ve muy grande!

Evan se quedó boquiabierto y al darse cuenta de que Andy tenía razón, soltó un grito.

Trigger era casi el doble de grande.

13

—¡Trigger... vuelve aquí! ¡Ven! —gritaba el muchacho. El perro continuó corriendo; sus gigantescas patas golpeaban el suelo—. ¡Vuelve! —gritó Evan, corriendo a grandes zancadas, con el corazón palpitándole fuerte; le dolían las piernas con cada salto que daba intentando atrapar al perro.

La noche era oscura, sin estrellas. Las calles brillaban como si acabara de llover.

Las patas de Trigger resonaban sobre el suelo como un trueno con un eterno eco. Las orejas gigantes se movían como alas. La gran cabeza subía y bajaba sin mirar atrás.

—¡Trigger! ¡Trigger!

La voz de Evan parecía ahogarse con el aire que le corría por la cara.

Intentó gritar más fuerte, pero de su garganta no salió ningún sonido.

Sabía que tenía que detener al perro. Debía atraparlo y luego pedir ayuda.

Trigger estaba creciendo muy rápido, totalmente fuera de control. Ya era del tamaño de un potro, y crecía más a cada minuto.

—¡Trigger! ¡Trigger! ¡Detente, amigo!

Trigger no parecía escucharlo. La voz de Evan se perdía en el viento, que soplabla y formaba remolinos.

No obstante, Evan seguía corriendo; su pecho estaba a punto de estallar y le dolían todos los músculos. A su lado, otras personas también corrían.

Dos siluetas grandes avanzaban a toda prisa delante del perro, tratando de escapar.

Evan las reconoció; trataban de alejarse del animal que corría como un loco.

Eran los gemelos Beymer: Rick y Tony.

Súbitamente, Evan comprendió que el perro los perseguía.

Los muchachos doblaron una esquina y se dirigieron hacia una calle aún más oscura. Trigger iba tras ellos. Evan los seguía a distancia. Todos formaban un misterioso desfile a lo largo de la calle oscura.

Excepto el golpear rítmico de las enormes patas de Trigger, todo permanecía en silencio. Todo menos los zapatazos de los Beymer sobre el brillante pavimento y la cansada respiración de Evan, que corría persiguiéndolos.

De repente, Evan observó con horror que el perro se levantaba sobre sus patas traseras, alzaba su cabeza hacia el cielo y emitía un aullido agudo. Pero no era el aullido de un perro, sino el de una criatura salvaje.

Luego, los rasgos de Trigger comenzaron a cambiar. La frente se abultó y se ensanchó. Los ojos se salieron de las órbitas antes de hundirse bajo la frente protuberante. Le salieron unos colmillos de la boca y emitió otro aullido hacia el cielo, más fuerte y escalofriante que el anterior.

—¡Es un monstruo! ¡Un monstruo! —lloró Evan.

Luego se desveló.

Despertó de su pesadilla.

Comprendió que estaba en su cama, en el estudio del segundo piso, en casa de Kathryn.

Todo había sido un sueño. Una pesadilla horrible y salvaje.

Una fantasía inofensiva. Sin embargo, había algo que no encajaba.

La cama. La sentía muy incómoda. Muy apretada. Evan se sentó, alerta, ya bien despierto, y miró fijamente sus pies. Eran gigantescos. Sus manos también eran enormes. Evidentemente la cama en la que estaba sentado le quedaba pequeña.

Ahora él era un gigante.

Había crecido y era enorme; monstruosamente

desproporcionado.

Cuando vio lo grande que era, abrió la boca y comenzó a gritar.

14

Sus gritos lo despertaron.

Esta vez sí se despertó realmente.

Comprendió que la primera vez sólo había soñado que se despertaba. Creyó realmente que era un gigante.

Eran pesadillas dentro de sus propios sueños.

¿Estaría realmente despierto ahora?

Se sentó. Parpadeó, se frotó los ojos y trató de fijar la vista.

Estaba bañado en sudor.

Las sábanas estaban en el suelo.

Su pijama húmedo, pegado a la piel sudorosa.

Nada le era conocido. Tardó un instante en abandonar totalmente sus sueños para recordar dónde se encontraba. Estaba en su dormitorio, en casa de Kathryn. Ahora sí estaba despierto, y su tamaño era normal.

El viento movió las cortinas hacia él y luego volvieron hacia la ventana, con un sonido real.

Evan se incorporó, aún tembloroso, y miró por la ventana.

Algunas nubes grises se amontonaban alrededor de una media luna. Los árboles se mecían con el viento frío de la noche.

Fue solamente una pesadilla.

Un mal sueño. Una pesadilla dentro de un sueño.

Podía ver que Trigger dormía junto a la valla.

No era un monstruo. Pero definitivamente había crecido.

«Quizá tiene algo malo.» La preocupación se apoderó de Evan, mientras observaba al perro dormido.

«Quizá sean sus glándulas o algo así.

»Tal vez está comiendo mucho. Tal vez...»

Evan bostezó. Estaba demasiado dormido para pensar con claridad. Por la mañana se enteraría de si había un veterinario en la ciudad.

Bostezó de nuevo y se acomodó otra vez en la cama. Pero algo llamó su atención.

El bote de café en la estantería. El tarro donde había guardado la Sangre de Monstruo.

—¡Uuy! —gritó.

La masa verde temblaba y burbujeaba bajo la tapa del bote de café.

15

—Tu perro tiene una edad considerable pero su salud es buena. —El doctor Forrest rascó a Trigger en el cuello.

»Mira qué canas —dijo acercando su cara a la del animal—. Eres un buen perro, ¿no es cierto?

Trigger lamió la mano del doctor con agradecimiento.

El doctor Forrest sonrió y se ajustó las gafas en la afilada nariz; la luz del techo se reflejaba en su frente brillante. Luego se limpió la mano en la bata blanca.

Evan y Andy, de pie junto a Trigger en el consultorio, estuvieron algo tensos durante el largo examen que el doctor Forrest le practicó al perro, pero al escuchar el dictamen del doctor, la expresión de sus caras se relajó.

—¿Entonces usted cree que es una fase de crecimiento tardío? —repitió Evan.

El doctor Forrest asintió y volvió a su escritorio.

—Es muy poco común —dijo apaciblemente; se apoyó sobre el escritorio para escribir algo en un talonario—. Muy poco común. Tendremos el resultado del análisis en tres o cuatro días. Quizá nos revele algo más, pero yo veo al perro con muy buena salud. Realmente no me preocuparía.

—Pero ¿generalmente los cocker spaniel crecen tanto? —preguntó Evan mientras rascaba la papada de Trigger. Sujetaba la correa en la mano, sin tirar de ella.

Trigger quería irse. Se acercó a la puerta y Evan se puso de pie y tensó la correa para mantener sujeto al perro. El muchacho tuvo

que tirar con fuerza porque Trigger no sólo era más grande sino mucho más fuerte que un par de días antes.

—No. Generalmente no —respondió el veterinario—. Por esa razón he tomado muestras de hormonas, sangre y secreciones glandulares. Tal vez el laboratorio nos dé una respuesta.

Terminó de escribir y arrancó la hoja del talonario de recetas.

—Toma —dijo entregándosela a Evan—. Es un buen alimento para perros. Dáselo y no dejes que coma entre comidas —concluyó, y sonrió.

Evan le dio las gracias al doctor y se dejó llevar por Trigger, que lo arrastraba fuera de la oficina.

Andy los seguía dando saltitos de alegría. Fuera, en la sala de espera, un pequeño chihuahua se escondió detrás del sofá, y se puso a ladrar en cuanto vio salir al gran cocker spaniel.

—Me alegra haber salido de ese lugar —dijo Evan ya en la calle.

—El examen estuvo bien —dijo Andy con optimismo, acariciando la cabeza de Trigger—. ¡Mira... la cabeza es más ancha que mi mano!

—¡No parece la de un cocker! —exclamó Evan con tristeza—. Y el doctor Forrest dice que está perfectamente bien.

—No exageres —le regañó Andy. Luego miró el reloj—. ¡Oh, no! ¡Cómo es posible! Otra vez llegaré tarde a clase de piano. ¡Mi mamá me va a matar!

Andy se despidió con la mano, se volvió y corrió calle abajo; casi choca con una pareja de ancianos que salía en ese momento de la tienda de comestibles de la esquina.

—Vamos, muchacho —dijo Evan, pensando en lo que había dicho el doctor Forrest.

Tirando de la correa caminó las tres manzanas que formaban el centro del pueblo. A pesar de las afirmaciones del veterinario, Evan estaba muy preocupado. El muchacho se detuvo frente a la tienda de comestibles.

«Tal vez un helado logre reanimarme», se dijo.

Ató la correa de Trigger en la boca de riego roja que estaba frente a la puerta de la tienda.

—Quieto ahí —le dijo.

Trigger ignoró las palabras de Evan e intentó soltarse.

—Sólo tardaré un segundo —afirmó Evan, y entró a toda prisa en la tienda.

Allí había unas tres o cuatro personas; Evan tuvo que esperar más de lo previsto. Diez minutos después, cuando regresó a la calle, los gemelos Beymer estaban desatando a Trigger.

—¡Eh, soltadlo! —gritó furioso.

Los gemelos se volvieron hacia él y sus caras mostraron un par de sonrisas idénticas.

—Mira lo que encontramos —dijo burlonamente uno de ellos, mientras el otro acababa de desatar la correa.

—Dámela —insistió Evan, que sostenía su helado de chocolate con una mano, y empezó a acercarse para quitarles la correa con la otra mano.

Uno de los gemelos le mostró la correa, pero luego la alejó bruscamente de su alcance.

—¡Caíste!

Los hermanos se rieron y chocaron las palmas, burlándose de él.

—Dejad de molestar —insistió Evan— y dadme la correa.

—Lo encontramos nosotros, y nos lo quedaremos —dijo Rick—. ¿No es así, Tony?

—Sí —respondió su hermano sonriendo—. Es un perro feo. Pero ahora es nuestro perro feo.

—Búscate un perro, mocoso —dijo Rick, dando un paso hacia delante y tirando el helado de Evan, que cayó a la acera; ¡plop!

Los hermanos volvieron a reír, pero su risa se interrumpió cuando Trigger gruñó amenazador. Levantó el labio superior, mostró los dientes y soltó un terrible gruñido.

—Espera —dijo Rick soltando la correa.

Con un rugido de furia, Trigger se lanzó sobre Rick, forzándole a retroceder.

Tony ya había comenzado a correr, dando grandes zancadas con sus zapatillas deportivas; pasó volando frente al consultorio del veterinario, por delante de la oficina de correos y continuó corriendo.

—¡Espérame, Tony! ¡Eh, Tony... espérame!

Rick tropezó, cayó, se levantó y siguió corriendo detrás de su hermano.

Evan intentó coger la correa de Trigger, pero falló.

—¡Trigger! ¡Para!

El perro perseguía a los gemelos. Sus enormes patas golpeaban con fuerza en el suelo. El animal aumentaba la velocidad de su carrera a medida que se acercaba a ellos.

«No —pensó Evan, mientras se paralizaba allí, en la esquina de la tienda de comestibles—. No. No. No. ¡Esto no puede ser real! Es mi sueño. ¿Acaso se está conviniendo en realidad?»

Evan tembló al recordar el resto de su sueño, pues él también había crecido hasta alcanzar el doble de su tamaño.

¿Se haría también realidad esa parte de su pesadilla?

16

Esa tarde, alrededor de una hora antes de la cena, Evan llamó a Andy.

—¿Puedo ir a tu casa? —le preguntó—. Tengo un pequeño problema.

—Pues suena como si fuera un problema grande —repuso Andy.

—Sí, bueno. Un problema grande —repitió Evan con impaciencia—. No estoy de humor para bromas, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Perdona —respondió ella enseguida—. ¿Tiene algo que ver con Rick y Tony? No serán ellos tu problema, ¿verdad?

—No en este momento —le contestó—. Ya lo sabes; desaparecieron cuando alcancé a Trigger. Volaron. Se esfumaron. Trigger ladraba como un loco. Todavía me pregunto cómo logré arrastrarlo hasta la jaula.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? —insistió ella.

—No puedo decírtelo. Tienes que verlo —explicó—. Voy enseguida. Adiós.

Evan colgó el teléfono y bajó las escaleras a toda velocidad, con un cubo en la mano. Kathryn estaba en la cocina, dándole la espalda, cortando algo con su gran cuchillo de carnicero. Evan pasó por detrás de ella a toda prisa y salió disparado por la puerta.

La casa de Andy era moderna, de estilo campestre. Enfrente había un seto de arbustos verdes. Ella decía que su padre era un auténtico fanático de la jardinería, y ciertamente el césped estaba

perfectamente cortado: a cuatro centímetros del suelo, suave como una alfombra. Entre el seto y la casa se extendía un jardín lleno de flores; lirios amarillos y naranja se mecían con la suave brisa.

La puerta delantera estaba abierta. Evan golpeó en la tela metálica.

—¿Para qué es ese cubo? —preguntó Andy sin saludarlo.

—Mira —contestó Evan casi sin aliento por la carrera. Le acercó a Andy el balde metálico que había cogido del garaje de Kathryn.

—¡Ah, caray! —exclamó Andy, llevándose las manos a la cara mientras observaba con los ojos bien abiertos.

—Sí, ¡ah, caray! —repitió él burlándose—. La Sangre de Monstruo ha vuelto a crecer. Mira, este cubo ya está casi lleno. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Vamos? —preguntó Andy para fastidiarlo, y lo guió hacia la sala.

—Muy graciosa —murmuró Evan.

—Tú no querías compartirla —insistió ella.

—Pues ahora sí que la voy a compartir —dijo impaciente—. A propósito... ¿la quieres? Te la dejo a precio de ganga... gratis.

Evan le acercó el balde a Andy.

—¡Oh-oh! —exclamó ella; sacudió la cabeza y se cruzó de brazos—. Déjalo, ¿quieres? —Andy señaló detrás de un sofá de cuero rojo—. Ponlo allá. Me da miedo.

—¿A ti te da miedo? —exclamó Evan—. ¿Y qué puedo hacer yo? Cada vez que lo miro ha crecido más. ¡Crece todavía más rápido que Trigger!

—¡Claro! —gritaron a coro.

Ambos tuvieron el mismo pensamiento, el mismo recuerdo que les aterrorizaba. De repente, los dos recordaron que Trigger se había comido un pedazo de esa masa verde.

—¿Crees que...? —comenzó Evan.

—Tal vez... —dijo Andy, sin dejar que terminara la frase—, es posible que Trigger esté creciendo porque se tragó la bola de Sangre de Monstruo.

—¿Qué vamos a hacer? —lloriqueó Evan paseándose nervioso por la habitación con las manos metidas en los bolsillos—. Esa cosa está creciendo cada vez más, como el pobre Trigger. Y yo estoy aquí

abandonado, sin nadie a quien acudir. Solo.

—¿Y tu tía? —sugirió Andy, mirando atentamente el balde en el rincón—. Quizás a Kathryn se le ocurra algo...

—¿Estás de broma? Ella no puede oírme. No quiere escucharme. Me odia. Está todo el día sentada frente al rompecabezas, discutiendo con esa horrible gata negra.

—Está bien. Olvídate de tu tía —concluyó Andy con expresión de desaliento, pero añadió—: Qui—7,á sí se lo dijeras al doctor Forrest...

—Sí, claro —exclamó Evan—. Seguro que se va a creer que Trigger se está convirtiendo en gigante porque le dejé comer Sangre de Monstruo.

Evan se tiró sobre el sofá y siguió lamentándose:

—Estoy completamente solo aquí, Andy. No hay nadie que pueda ayudarme. No sé a quién acudir.

—¿Excepto yo?

—Sí —contestó clavando su mirada en los ojos de ella—. Excepto tú.

Andy se dejó caer al otro lado del sofá.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer yo? —titubeó ella.

Él dio un salto y le acercó el cubo.

—Coge un poco de esto. Vamos a dividirlo.

—¿Qué? ¿Y por qué no lo tiramos a la basura? —preguntó, mirando dentro del recipiente. El engrudo verde ya casi llegaba al borde del balde.

—¿Tirarlo? No podemos —dijo.

—Claro que sí. Ven y lo verás.

Andy intentó coger el asa del cubo, pero Evan se lo impidió.

—¿Y qué pasaría si se saliera del contenedor de basura? —preguntó Evan—. ¿Qué sucedería si siguiera creciendo?

Andy se encogió de hombros.

—No sé.

—Tengo que guardarlo —continuó Evan nervioso—. Si eso es realmente lo que hace crecer a Trigger, lo necesitaré como prueba. ¿Me comprendes? Tendré que enseñárselo a los doctores, o a quien sea, para que puedan curar a Trigger.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía —dijo Andy pensativa,

jugueteando con un mechón del cabello.

—Oh, sí claro —replicó Evan, haciendo girar los ojos con desesperación—. Seguro que nos creerían. Sin duda: «Compramos esta cosa en una juguetería pero ahora crece y crece y está transformando a mi perro en un monstruo gigante.»

—De acuerdo. Está bien. Tienes razón —dijo Andy—. No podemos llamar a la policía.

—Entonces, ¿me ayudarás? —insistió Evan—. ¿Te quedarás con un poco de esta cosa?

—Supongo —dijo Andy con aprensión—. Pero sólo un poco. — Se puso de pie y añadió—: Enseguida vuelvo.

Salió de la habitación y al momento volvió con un bote de café vacío.

—Llévalo —dijo ella sonriendo.

Evan miró con atención el bote.

—¿Eso es todo lo que te vas a quedar? —protestó, pero de inmediato suavizó el tono de voz—. Está bien. De acuerdo. Algo es algo.

Andy se acurrucó y hundió el bote de café en el recipiente.

—¡En! —gritó, sacando rápidamente las manos y cayendo de espaldas al suelo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Evan.

—Esa cosa tiró de la lata de café hacia el fondo —dijo ella, con cara de temor y sorpresa—. Mira, se la ha tragado.

Evan miró dentro del balde. Efectivamente, el bote de café había desaparecido.

—Sentí cómo la tragaba —dijo Andy temblando. Luego se sentó lejos del cubo.

—Vamos a ver —dijo Evan metiendo las dos manos en la Sangre de Monstruo.

—¡Ag! —exclamó la niña—. Esto es asqueroso.

—Sí, tira de mí hacia dentro. Tienes razón —admitió Evan—. Siento que tira de la mano hacia abajo. ¡Uy!, y está tibia como si estuviera viva.

—No digas eso —gritó Andy temblando—. Tú saca la lata, ¿de acuerdo?

Evan tuvo que tirar con fuerza, pero al fin logró sacar el bote de

café, lleno hasta el borde de masa gelatinosa verde.

—¡Ag! ¡Qué asco!

—¿De verdad tengo que quedarme con esto? —preguntó Andy, que no movió ni un dedo cuando Evan le pasó el tarro.

—Sólo por un tiempo —contestó él—. Mientras pensamos en un plan mejor.

—Quizá se lo podríamos hacer comer a los gemelos Beymer —sugirió Andy cuando finalmente accedió a coger el bote.

—Y entonces se volverían unos gemelos Beymer gigantes —bromeó Evan—. No gracias.

—Te lo digo en serio, debes tener cuidado con ellos —lo previno Andy—. Si Trigger los asustó esta mañana, deben de estar buscándote para vengarse de ti. Ellos están muy seguros de sí mismos. Pueden ser muy malos, y podrían lastimarte.

—Gracias por darme ánimos —dijo Evan afligido, que se estaba quitando de las manos unos pedacitos de Sangre de Monstruo que se le habían pegado cuando las metió en el cubo.

—Antes de que tú llegaras estaba mirando un vídeo de la primera película de *Indiana Jones*. ¿Quieres verla?

Evan sacudió la cabeza.

—No. Será mejor que me vaya. Tía Kathryn estaba preparando la cena cuando salí. Cortaba una especie de carne. Seguro que será otra cena fabulosa, sentados allí en silencio mientras ella y su gato me observan.

—Pobre Evan —dijo Andy, medio en broma y medio en serio.

Evan cogió el cubo, que ahora estaba lleno sólo en sus dos terceras partes, y se dirigió con Andy hasta la puerta delantera.

—Llámame más tarde, ¿de acuerdo? —preguntó Andy.

Evan asintió y salió. Ella cerró la puerta tras él.

Andaba por la mitad de la manzana cuando los hermanos Beymer aparecieron detrás de unos arbustos. Su corto cabello rubio brillaba con los últimos rayos del sol. Los dos sonreían alegremente.

17

Evan se quedó petrificado e inmóvil, mirando alternativamente a uno y al otro.

Nadie dijo ni una palabra.

Uno de los Beymer le quitó el cubo de la mano y lo tiró al suelo. El balde produjo un sonido sordo; mientras el contenido verde se esparcía lentamente por el césped, provocando un desagradable ruido.

—¡Eh! —gritó Evan para romper el tenso silencio.

No pudo decir nada más. El otro gemelo le propinó un puñetazo en el estómago. Evan sintió cómo el dolor se extendía por todo su cuerpo. El golpe lo dejó sin aliento. No podía respirar.

Evan no vio el siguiente golpe, directo a su mejilla, justo debajo del ojo derecho. Sólo pudo gemir de dolor y mover las manos en el aire, tratando de defenderse.

Luego, ambos hermanos lo golpearon. Uno de ellos le dio un empujón, y Evan cayó sobre la hierba.

El dolor se apoderó de él; luego sintió náuseas. Cerró los ojos respirando con dificultad y esperó a que el agudo dolor de su estómago se desvaneciera.

Todo le daba vueltas. Estiró los brazos y trató de sostenerse para no caer.

Cuando finalmente logró levantar la cabeza, Andy estaba a su lado, mirándolo con los ojos desorbitados.

—Evan...

Él gruñó; se apoyó en las dos manos e intentó sentarse, pero el

mareo lo obligó a tumbarse; la cabeza todavía le daba vueltas.

—¿Ya se han ido? —preguntó con los ojos cerrados, esperando que el mareo terminara.

—¿Rick y Tony? Los he visto salir corriendo —dijo Andy, que se arrodilló a su lado—. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a mi madre?

—Sí. No. No sé.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Andy.

Evan levantó una mano hacia su pómulo.

—¡Ayyy!

Ya estaba hinchado; no podía ni tocárselo.

—¿Te han pegado?

—Puede que sea eso, o tal vez me ha atropellado un camión —gruñó.

Unos minutos después, que a Evan le parecieron horas, se puso de pie; respiraba normalmente y se frotaba el pómulo hinchado.

—Nunca me había peleado —le dijo a Andy mientras sacudía la cabeza—. Nunca.

—No creo que haya sido exactamente una pelea —dijo ella, con preocupación.

Evan quiso reírse, pero le dolía el estómago.

—Tenemos que vengarnos —dijo Andy con amargura.

—Encontraremos el modo de darles un escarmiento. Los muy imbéciles.

El muchacho se acercó al lugar donde la masa verde se esparcía por el suelo.

—¡Ah! Mira. La Sangre de Monstruo —dijo Evan.

El cubo estaba boca abajo. La cosa verde había caído en el césped y formaba un grande y espeso charco.

—Te ayudaré a meterlo otra vez en el cubo —convino Andy, mientras se agachaba para levantarlo—. Espero que no estropee el césped. ¡A mi padre le dará un ataque si su adorado césped se estropea!

—Pesa mucho —gruñó Evan cuando intentó meter la masa en el recipiente—. No quiere moverse.

—Tratemos de recogerlo con las manos —sugirió Andy.

—¡Aahh!, no se despega —dijo sorprendido Evan—. Mira, está todo enganchado.

—Está hecho una auténtica melcocha —confirmó Andy—. ¿Alguna vez has visto cómo la hacen en una de esas máquinas? La mezcla de miel se mantiene toda pegada en un solo grumo gigante.

—Esto no es lo mismo —murmuró Evan—. Esto es una porquería.

Trabajando juntos, lograron levantar la masa verde y la metieron en el balde. La sustancia emitió un desagradable sonido cuando cayó al recipiente y a ambos les costó mucho despegar sus manos de la masa.

—Es pegajosísimo —dijo Andy con expresión de desagrado.

—Y tibio —agregó Evan, que finalmente logró desprender la masa de sus manos—. Parece que quisiera tragarse mis manos —dijo Evan, limpiándose las en la camiseta—. Tiraba de mis manos hacia dentro.

—Llévatelo a casa —dijo Andy. Alzó la vista y vio a su madre que le hacía señas desde la ventana—. Es hora de cenar. Tengo que irme. —Andy fijó la mirada en el pómulo hinchado de Evan—. Espera a que tu tía te vea.

—Probablemente ni siquiera lo note —dijo Evan desconsolado, y agarró el asa del cubo—. ¿Qué vamos a hacer con esta cosa?

—Mañana la devolveremos a la juguetería —contestó Andy mientras daba grandes pasos en dirección a su casa.

—¿Cómo?

—Eso es lo que vamos a hacer. Sencillamente la devolveremos.

Evan pensó que ésa no era una buena idea, pero no tenía ánimos para discutir en ese momento. Vio alejarse a Andy. Luego se dirigió lentamente hacia la casa de su tía Kathryn; se sentía como si le martillaran la cabeza; le dolía el estómago.

Deslizándose cautelosamente junto a la pared de la casa, se metió en el garaje a través de la puerta lateral para esconder el balde de Sangre de Monstruo.

Lo colocó detrás de una carretilla volcada; el cubo volvía a estar lleno hasta el borde.

«Pero si le di un buen pedazo a Andy y el cubo estaba lleno sólo en sus dos terceras partes. Debo encontrar un lugar más grande para meter esto —decidió—. Esta misma noche. Tal vez encuentre una caja o algo así en el sótano.»

Entró furtivamente en la casa, con la intención de lavarse un poco antes de ver a Kathryn, que estaba aún ocupada en la cocina, inclinada sobre la estufa, haciendo los últimos preparativos de la cena. Subió las escaleras de puntillas y se lavó. Incapaz de disimular su pómulo lastimado, decidió cambiarse de pantalón y ponerse una camiseta limpia. Se peinó con esmero.

Cuando se sentaron a la mesa del comedor, Kathryn vio el pómulo hinchado de Evan.

—¿Te has estado peleando? —preguntó sospechando algo—. Eres un gallito, ¿no es cierto? Como tu padre. «Pollito» siempre andaba lleno de magulladuras; se peleaba con muchachos el doble de grandes que él.

—Yo no estaba exactamente peleándome —murmuró Evan, y pinchó un pedazo de carne con el tenedor.

Durante toda la cena Kathryn no dejó de mirar el pómulo de Evan, pero no dijo una palabra más al respecto.

«A ella no le importa si me he hecho daño o no», pensó el muchacho con tristeza.

«Realmente no le importa. Ni siquiera me preguntó si me dolía.»

Aunque en cierto modo estaba agradecido. Hubiera sido peor si ella se hubiera disgustado y hubiera armado un lío por aquella pelea; hasta hubiera podido llamar a sus padres a Atlanta para contárselo.

Bueno... en realidad no podía llamar a sus padres, ni a nadie. No podía usar el teléfono, pues no oía.

Evan se comió todo el cocido de buey. Estaba bastante bueno, excepto las verduras.

En la cocina el silencio era tremendo. Evan comenzó a pensar en su problema: la Sangre de Monstruo.

«¿Debería contárselo a Kathryn?» Podía escribírselo todo en la libreta amarilla y entregársela para que lo leyera. Sentiría tanto alivio de contárselo a alguien, de dejar que un adulto se encargara del problema y lo resolviera.

Pero no a su tía Kathryn, decidió.

Ella era demasiado extraña.

No lo entendería. No sabría qué hacer. Y no le importaría.

Andy tenía razón. Debían devolver la porquería esa a la tienda

de juguetes. Deshacerse de ella.

Pero mientras tanto, él tenía que encontrar algo en qué meter la masa.

Evan esperó en su habitación hasta que oyó que su tía Kathryn se iba a la cama, poco después de las diez. Entonces se escurrió escaleras abajo y se dirigió al garaje.

18

Era una noche clara y fresca. Los grillos chirriaban continuamente ahogando cualquier otro sonido. En el cielo brillaban algunas estrellas.

El haz de luz de la linterna que Evan llevaba en la mano iluminaba el camino de acceso al garaje. Cuando entró, oyó un ruido cerca de la pared trasera.

«Será sólo una hoja seca que el viento ha movido cuando abrí la puerta», pensó Evan esperanzado.

Movió la linterna, vacilante, alumbrando la carretilla que estaba volcada. La luz pasó rápidamente sobre el techo del garaje cuando Evan se agachó para buscar detrás de la carretilla y sacar el recipiente con la Sangre de Monstruo.

Dirigió el haz de la linterna hacia el centro del balde, y soltó un grito ahogado.

La sustancia verde y gelatinosa llegaba hasta el borde.

«Está creciendo todavía más deprisa que antes», pensó.

«Debo encontrar algo más grande para esconderla, sólo por esta noche.»

El balde era demasiado pesado para levantarlo con una sola mano, así que se metió la linterna bajo el brazo, cogió el asa con ambas manos y arrastró el cubo por el suelo.

Procurando no derramarlo, entró a oscuras en la casa. Se detuvo frente a las escaleras del sótano, y posó en silencio el balde sobre el suelo de linóleo.

Le dio al interruptor de la pared y en algún sitio, escaleras

abajo, vio temblar una luz mortecina.

«Debe de haber algún recipiente donde poner esta cosa allá abajo», pensó Evan. Arrastrando el balde, bajó las escaleras con cuidado, apoyando el hombro en la pared para mantener el equilibrio.

Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz, y pudo ver que el sótano era un cuarto húmedo, grande y de techo bajo. Estaba lleno de cajas de cartón, montones de periódicos y revistas; muebles antiguos y electrodomésticos cubiertos con sábanas viejas y amarillentas.

Algo rozó su cara cuando dio el primer paso en firme sobre el suelo del sótano.

Evan ahogó un grito y dejó caer el balde al levantar las manos para quitarse de la cara las espesas telarañas que parecían envolverlo. Aquella sustancia se le había pegado a la piel, y al quitársela frenéticamente sintió que estaba seca y que le producía picazón.

De pronto se dio cuenta de que no era una telaraña lo que tenía en la mejilla, sino una araña.

Respiró hondo y se la quitó de encima. Aún después de ver al insecto correr por el suelo podía sentir las patas peludas del animal sobre su cara.

Con el corazón acelerado se alejó de la pared, tratando de ver qué había en las repisas de la pared más lejana; entonces se enredó con algo que había en el suelo.

—¡Ah!

Evan tropezó, abalanzándose hacia delante con las manos estiradas para amortiguar la caída.

¡Un cuerpo humano!

¡Alguien yacía debajo de él!

No.

«Calma, Evan. Cálmate», se dijo a sí mismo.

Tembloroso, se puso en pie.

Había caído sobre un maniquí de modista. Probablemente un modelo que utilizaba Kathryn cuando era joven.

Lo apartó a un lado mientras sus ojos buscaban un recipiente para guardar la Sangre de Monstruo. ¿Qué sería aquel objeto bajito

que se encontraba frente a la mesa de despacho?

Se acercó y vio que era una vieja tina de baño, cuyo interior estaba manchado y descascarillado. Era lo suficientemente grande, así que decidió echar allí el espeso engrudo.

Levantó el cubo sobre el borde del recipiente con mucho esfuerzo. Los músculos de su estómago estaban aún debilitados por los puñetazos; el dolor le recorrió todo el cuerpo.

Esperó a que el sufrimiento disminuyera y tumbó el cubo. La espesa sustancia verde rodó fuera del recipiente y golpeó el fondo de la tina con un nauseabundo plop.

Evan dejó a un lado el balde y observó la Sangre de Monstruo; vio cómo burbujeaba mientras cubría el fondo de la tina. Para su sorpresa, ésta se llenó hasta la mitad.

¡Qué rápido crecía esta cosa!

Estaba inclinado sobre ésta, preparándose para volver arriba, cuando oyó un fuerte maullido de la gata.

Asustado, se separó del borde del recipiente justo cuando Sarabeth trepaba por su espalda. Evan no tuvo tiempo de gritar; perdió el equilibrio y cayó dentro de la bañera, en el engrudo verde y espeso.

19

Evan aterrizó bruscamente sobre los codos; por fortuna la Sangre de Monstruo amortiguó la caída. Escuchó un nuevo chillido de la gata, y luego desapareció.

Él se hundía en la masa, mientras sus brazos y piernas luchaban inútilmente por salir. La sustancia pegajosa lo aferraba con una fuerza sorprendente.

Todo su cuerpo se había pegado a esa cosa parecida al cemento; burbujeaba y temblaba lentamente. Ya le llegaba a la cara. Evan estaba convencido de que se iba a ahogar.

«Está intentando asfixiarme», se dijo.

El calor que aquella cosa desprendía se extendía por todo su cuerpo; le invadió el pecho, las piernas, el cuello. «No puedo moverme. Estoy atrapado. Me va a asfixiar. ¡No!»

Apenas podía levantar la cabeza. El engrudo verde comenzaba a cubrirle la cara.

—¡No! —gritó Evan con fuerza, cuando la cosa verde le llegó hasta el cuello.

Lo engullía. Se lo estaba tragando; tiraba de él hacia abajo.

—¡No!

Luego trató de inclinar el cuerpo hacia delante. Con mucho esfuerzo, y entre gritos y bufidos, logró sentarse.

La sustancia verde subía cada vez más, como si quisiera cubrirlo y llevarlo hacia el fondo.

Evan se agarró al borde de la tina y volvió a tirar hacia arriba. Luchaba cuanto podía contra aquella fuerza extraña que lo

arrastraba hacia abajo con energía renovada.

Arriba. Arriba.

—¡No! —logró gritar, mientras el engrudo le llegaba hasta los hombros—. ¡No!

Ya tenía los hombros cubiertos y la cosa le subía por el cuello. El engrudo engullía a Evan, se lo tragaba hacia sus profundidades pegajosas.

Hacia abajo. Cada vez más al fondo.

«Me ha atrapado», se dijo convencido.

«Ahora sí que me ha atrapado.»

20

—¡No! —gritó de nuevo Evan con la masa verde burbujeando alrededor de su cuello.

Lo absorbía.

—¡No!

«Inténtalo otra vez. Sal.

»Otra vez, sal. Sal.»

¡Sí!

Agarrado a los bordes de la tina, trataba de incorporarse; se despegaba del engrudo, tiraba hacia arriba con todas sus fuerzas.

¡Sí! ¡Sí! Lo estaba logrando.

Él era más fuerte que la cosa. Un esfuerzo más y estaría libre.

Con un suspiro de alivio, se apoyó sobre el borde de la tina y luego se dejó caer sobre el frío suelo del sótano.

Se quedó allí, sobre el húmedo cemento y tomó aire.

Cuando levantó la cara, vio a Sarabeth a pocos pasos de él, con la cabeza ladeada, los ojos amarillos clavados en los suyos; aquella oscura cara felina mostraba una expresión de satisfacción suprema.

A la mañana siguiente, después de dormir muy mal, Evan llevó la libreta de tapas amarillas y un lápiz a la mesa del desayuno.

—Bueno, bueno —lo saludó Kathryn, poniéndole el plato de cereal de trigo enfrente—, ¡parece como si la gata te hubiera dado una paliza!

Kathryn se rió y sacudió la cabeza.

—No menciones la palabra gato —murmuró Evan. Apartó a un lado el tazón de cereal y señaló la libreta en su mano.

—No dejes que el cereal se te ablande —protestó Kathryn, acercándole el tazón nuevamente—. Así tiene más vitaminas. Y fibra.

—No me importa tu estúpida fibra —dijo Evan furioso, convencido de que ella no podía oírlo. Le mostró la libreta y comenzó a escribir; garabateaba letras grandes y negras.

La tía se interesó por lo que escribía. Se levantó de la mesa y se puso detrás de él, clavando los ojos en el papel mientras Evan escribía su desesperado mensaje.

«TENGO UN PROBLEMA —escribió—, NECESITO TU AYUDA. LA TINA DEL SÓTANO ESTÁ HASTA EL BORDE DE SANGRE VERDE DE MONSTRUO Y NO PUEDO EVITAR QUE SIGA AUMENTANDO.»

Soltó el lápiz y le acercó el papel a la cara.

Sentado en su taburete alzó la mirada hacia ella. Pálida, a la luz de la mañana, con su bata de franela gris, súbitamente Kathryn le pareció muy anciana. Sólo sus vibrantes ojos azules, que recorrían las palabras escritas por él, parecían jóvenes y vivaces.

Tenía los labios apretados y leía con atención lo que el chico había escrito. Luego, cuando Evan la miró ansioso, una amplia sonrisa se dibujó en la cara de la tía, que echó la cabeza hacia atrás y se rió.

Completamente desconcertado por la reacción de ella, Evan movió su silla hacia atrás y se puso en pie de un brinco. La tía apoyó una mano sobre el hombro de Evan y le dio un suave apretón.

—¡No le tomes el pelo a una anciana! —exclamó, y sacudió la cabeza. Dio media vuelta y se dirigió al otro lado de la mesa—. Pensé que eras serio, pero veo que no te pareces a tu padre. Él nunca me contó chistes tontos ni hizo trampas. Pollito fue siempre un chico muy serio.

—¡Pollito me importa un rábano! —gritó Evan descontrolado, y luego lanzó violentamente la libreta sobre la mesa del desayuno.

Su tía estalló en carcajadas. Parecía no ver la mirada de frustración de Evan, ni sus manos que colgaban a los lados, con los puños cerrados.

—¡Sangre de Monstruo! ¡Qué imaginación! —dijo limpiándose las lágrimas que la risa le había provocado.

Pero súbitamente, su expresión se tornó seria. Lo agarró por el lóbulo de la oreja y lo pellizcó.

—Te lo advertí —le susurró—. Te advertí que tuvieras cuidado.

—¡Ay!

Cuando Evan gritó de dolor, Kathryn lo soltó; sus ojos brillaban como zafiros.

«Tengo que salir de aquí», pensó Evan frotándose la oreja. Se dio la vuelta y salió rápidamente de la cocina hacia su dormitorio.

«Ella no será una gran ayuda», se dijo desconsolado.

«Sólo es una anciana loca. Debí haberla llevado hasta el sótano y mostrarle la cosa esa», se decía furioso, mientras tiraba al suelo la ropa que había usado el día anterior.

«¿Pero de qué habría servido? Quizá se hubiera reído también. Ella no me ayudará.»

Sólo había una persona en quien podía confiar: Andy.

La llamó por teléfono marcando los números con los dedos temblorosos.

—¡Hola! Tienes razón —dijo sin darle oportunidad de hablar—. Tenemos que devolver la cosa esa a la juguetería.

—Si es que la podemos cargar —replicó Andy, que parecía preocupada—. Ese pedazo de Sangre de Monstruo que me diste... creció y se ha salido del bote de café. Lo puse en el cubo para el hielo, pero también se está saliendo.

—¿Qué tal si usamos una bolsa de plástico para basura? —sugirió Evan—. Una bolsa grande de esas para el césped. Probablemente podamos transportarla en varias bolsas de esas.

—Vale la pena intentarlo —dijo Andy—. Esta cosa es una porquería. Hace ruidos asquerosos y es muy pegajosa.

—Dímelo a mí —respondió Evan afligido, recordando la noche anterior—. Me di un chapuzón dentro de esa cosa.

—¿Cómo? Luego me lo explicas —dijo ella con impaciencia—. La tienda de juguetes abre a las diez, creo. Te espero en la esquina en veinte minutos.

—Perfecto.

Evan colgó el teléfono y se dirigió al garaje a buscar una bolsa de plástico.

Andy apareció con su bolsa enrollada alrededor del manillar de su bicicleta BMX. Una vez más, Evan tuvo que ir caminando a su lado. La bolsa de él tenía protuberancias y pesaba tanto que debía arrastrarla por la acera. No la podía levantar.

—La tina estaba llena casi hasta el borde —le dijo Evan a Andy, mientras gruñía al arrastrar la bolsa—. Me da miedo que reviente.

—Sólo nos faltan un par de manzanas —dijo ella tratando de animarlo.

Un coche pasó lentamente a su lado. El conductor, un adolescente de pelo largo y negro, sacó la cabeza por la ventana sonriendo:

—¿Qué lleváis en esa bolsa? ¿Un cadáver?

—Es basura —le respondió Evan.

—Sí, eso es —murmuró Andy a medida que el automóvil se alejaba.

Varias personas se detuvieron para observarlos cuando llegaron al centro.

—Hola, señora Winslow —saludó Andy a una amiga de su madre.

La señora Winslow la saludó con la mano, luego la miró con curiosidad y entró en la tienda de comestibles.

Andy se bajó de la bicicleta y empezó a caminar; Evan arrastraba su abultada bolsa tras él.

Siguieron caminando hasta la siguiente manzana, y luego comenzaron a cruzar la calle de la tienda de juguetes.

Pero ambos se detuvieron de repente en medio de la calle y soltaron un grito, aterrados.

La puerta y el escaparate de la tienda estaban cubiertos con tablas. Encima de la puerta, un pequeño letrero, escrito a mano, decía: «Negocio cerrado».

21

Desesperado por deshacerse del contenido asqueroso de las bolsas de basura, Evan golpeó la puerta.

—¡Oiga! ¡Abra la puerta! ¡Abra!

No hubo respuesta.

Evan golpeó con los puños. Silencio.

Finalmente, Andy lo convenció para que cesara en su empeño.

—La tienda está cerrada —dijo una joven mujer desde el otro lado de la calle—. La tapiaron hace pocos días. ¿Veis? Está cerrada con tablas y todo.

—Muy amable —murmuró Evan entre dientes. Luego le dio un puñetazo a la puerta, con todas sus fuerzas.

—Basta, Evan. Te vas a hacer daño —lo previno Andy.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él—. ¿Tienes alguna otra idea fantástica?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora te toca a ti pensar en algo brillante.

Evan suspiró desconsolado.

—Tal vez se la podría dar a Kathryn y decirle que es carne de buey. Entonces ella la cortaría en trozos con ese cuchillo que lleva entre manos a todas horas.

—No creo que puedas pensar con claridad en este momento —dijo Andy, poniéndole una mano en el hombro.

Ambos miraron fijamente las bolsas de basura. Se movían: se expandían y se contraían, ¡como si el engrudo verde de dentro respirara!

—Volvamos a casa de Kathryn —dijo Evan con voz temblorosa—. Tal vez se nos ocurra algo por el camino.

Como pudieron, arrastraron de nuevo la Sangre de Monstruo hasta la casa de su tía. El sol brillaba en el cielo. Se dirigían hacia el jardín trasero. Evan estaba bañado en sudor. Le dolían los brazos y la cabeza le palpitaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó débilmente soltando la bolsa.

La niña apoyó su bici en la pared del cobertizo y señaló un gran cubo de aluminio que estaba cerca de la puerta del garaje.

—¿Qué te parece eso? Creo que es bastante resistente —dijo, acercándose—, y, mira... la tapa se ajusta con grapas.

—De acuerdo —aprobó Evan, secándose el sudor de la frente con la manga de la camiseta.

Andy quitó la tapa, y tiró dentro del cubo el contenido de su bolsa de plástico. El engrudo golpeó el fondo con un sonido acuoso. Luego trató de ayudar a Evan.

—Pesa mucho —refunfuñó él, luchando por levantar la bolsa.

—Entre los dos podremos —insistió Andy.

Con mucho esfuerzo lograron vaciar la Sangre de Monstruo que quedaba en la bolsa de Evan. Se deslizó como una ola de mar picado; cayó dentro del cubo con estrépito y se elevó como si intentara escapar.

Con un suspiro de alivio, Evan cerró el recipiente de un golpe y selló la tapa con las grapas.

—¡Uuff! —exclamó Andy.

Ambos se quedaron mirando el cubo un largo rato, como si esperaran que explotara o reventara.

—¿Y ahora? —preguntó Evan con expresión atemorizada.

Antes de que Andy pudiera responder, vieron salir a Kathryn por la puerta de la cocina. Sus ojos escrutaron el jardín y los descubrió.

—¡Evan, buenas noticias! —le gritó.

Evan y Andy echaron un vistazo al cubo y corrieron hacia Kathryn, que agitaba en la mano un trozo de papel amarillo. Un telegrama.

—Tu madre vendrá a recogerte esta tarde —dijo Kathryn, que mostraba una amplia sonrisa en el rostro.

«Creo que Kathryn se alegra de deshacerse de mí», fue lo

primero que pensó Evan.

Luego saltó de alegría. Eran las mejores noticias que podía recibir.

—¡Me voy de aquí! —exclamó cuando su tía entró en casa—. ¡Me voy de aquí! ¡Ya era hora!

Pero al parecer Andy no compartía su alegría.

—Le vas a dejar a tu tía una pequeña sorpresa allá fuera —dijo Andy señalando el cubo de basura.

—¡No me importa! ¡Me voy de aquí! —repitió Evan, y extendió la mano para chocarla con Andy.

Pero ella no le siguió el juego.

—¿No crees que debemos contarle a alguien esto de la Sangre de Monstruo? Debemos hacer algo al respecto... antes de que te vayas.

Evan estaba demasiado excitado para pensar en eso.

—¡Ven, Trigger! —dijo, corriendo hacia la jaula del perro—. ¡Trigger, nos vamos a casa!

Evan abrió la reja y un grito ahogado luchó por salir de su garganta.

22

—¡Trigger!

El perro que venía trotando hacia él se parecía a Trigger, pero era del tamaño de un pony, el doble de grande que el día anterior.

—¡No!

Evan se cayó cuando Trigger saltó sobre él.

—¡Espera!

Antes de que Evan pudiera ponerse en pie, Trigger comenzó a ladrar ferozmente. El enorme perro ya estaba más allá de la reja, y corría como un relámpago hacia la calle.

—¡No puedo creerlo! —gritó Andy. Atónita, se tapó la cara con las manos; entretanto, la gigantesca criatura daba la vuelta a la casa y se perdía de vista—. ¡Es... enorme!

—¡Debemos detenerlo! ¡Puede hacer daño a alguien! —gritó Evan—. ¡Trigger! ¡Trigger, vuelve aquí!

Todavía tambaleándose, Evan comenzó a correr y a llamar al perro con desesperación. Tropezó con la bicicleta de Andy y cayó sobre el cubo de basura.

—¡No! —gritó Andy, mirando impotente cómo el recipiente daba vueltas, con Evan a horcajadas, y luego caía sobre el pavimento con un estrepitoso clang.

La tapa saltó y se alejó rodando.

El engrudo verde se derramó.

La Sangre de Monstruo se escurrió fuera del bote; luego se detuvo y empezó a levantarse. ¡Slurp! Temblaba y comenzaba a erguirse, con un ruido desagradable.

Mientras los dos chicos observaban horrorizados, la masa verde parecía cobrar vida, como una criatura recién nacida que se estiraba y miraba a uno y otro lado.

Luego, con una estrepitosa succión, se inclinó hacia Evan, que todavía yacía en el suelo al lado del cubo.

—¡Levántate, Evan! —gritó Andy—. ¡Levántate! ¡Te va a atacar!

23

—¡Noooooo!

Evan gritó como un animal; emitió un sonido que nunca antes había oído; luego esquivó la gigantesca bola de materia temblorosa que se le acercaba.

—¡Corre, Evan! —gritó Andy.

Lo cogió de la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

—¡Está vivo! —lloró él—. ¡Corre!

La Sangre de Monstruo se estrelló con gran estrépito contra la pared del garaje. Se quedó adherida allí durante unos segundos. Luego se despegó y saltó hacia ellos con sorprendente velocidad.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

—¡Socorro! ¡Por favor, auxilio!

Gritando a todo pulmón, Evan y Andy emprendieron la huida. Evan, con las piernas temblando de miedo, siguió a Andy por la entrada del garaje hasta el jardín delantero.

—¡Auxilio! ¡Por favor! ¡Ayúdenos!

Evan estaba ronco de tanto gritar. Parecía que el corazón quería salirse del pecho. Le palpitaban las sienes.

La Sangre de Monstruo les seguía, muy de cerca; cada salto la hacía ganar velocidad. Recorría el césped produciendo un desagradable sonido con cada rebote.

Plop. Plop. Plop.

Un petirrojo que buscaba un gusano en la hierba no tuvo tiempo ni de mirar; la masa verde y gelatinosa lo atrapó.

—¡Oh! —se lamentó Evan al volverse.

La bola verde había engullido al petirrojo. El pobre aleteaba frenéticamente; luego emitió un chillido y desapareció dentro de la masa.

Plop. Plop. Plop.

La Sangre de Monstruo cambió de dirección, saltando y temblando. A su paso dejaba manchas blancas sobre el césped, como huellas gigantescas y redondas.

—¡Está viva! —gritó Andy alzando las manos hacia las mejillas—. ¡Ay, Dios mío... está viva!

—¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer? —preguntó Evan, aterrado al escuchar su propia voz llena de espanto.

—¡Nos está alcanzando! —gritó Andy tirando de su mano—. ¡Corre!

Los niños llegaron frente a la casa jadeando más que nunca.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz.

Evan se asustó al oírla y se detuvo. En la acera vio a los hermanos Beymer, con expresión sonriente.

—¡Pero si es mi saco de arena favorito! —exclamó uno de ellos mirando a Evan, y levantó un puño amenazadoramente.

Los gemelos se acercaron unos cuantos pasos hacia Evan y Andy. Luego sus sonrisas se convirtieron en una mueca de horror cuando la masa gigante apareció dando saltos y corriendo tan rápido como una bicicleta.

—¡Cuidado! —gritó Evan.

—¡Corred! —bramó Andy.

Pero los gemelos estaban demasiado asustados para moverse. Sus ojos estaban fuera de las órbitas; presos del pánico, sólo atinaron a cubrirse la cabeza con las manos para protegerse.

Plop. Plop. Plop.

La enorme masa de Sangre de Monstruo ganaba velocidad a cada salto. Evan cerró los ojos. Smack. La cosa verde había atrapado a los gemelos.

—¡Oh!

—¡No!

Los hermanos gritaron; agitaron sus brazos al viento, luchando por liberarse.

—¡Auxilio! ¡Por favor, ayudadnos!

Sus cuerpos se retorcían y se enroscaban en el combate.

Estaban fuertemente adheridos, totalmente cubiertos por el engrudo.

Luego los engulló. Chuik.

Andy se tapó los ojos.

—Asqueroso —murmuró—. Qué asqueroso.

Evan vio con la boca abierta y en silencio cómo los hermanos Beymer, finalmente, dejaban de luchar.

Los brazos de los gemelos se quedaron flácidos, y las caras desaparecieron dentro del engrudo tembloroso.

Los dos muchachos se hundían cada vez más mientras aumentaban los sonidos de succión. A continuación la Sangre de Monstruo botó muy alto, dio la vuelta y subió por el camino de entrada, de vuelta a casa.

Andy y Evan se quedaron petrificados.

—¡Separémonos! —vociferó Evan—. ¡No puede perseguirnos a los dos! —Andy miró a Evan aterrorizada, con la boca abierta, pero incapaz de emitir ningún sonido—. ¡Separémonos! ¡Separémonos! —chilló angustiado Evan.

—Pero... —comenzó a decir Andy.

Antes de que pudiera hablar, la puerta delantera de la casa se abrió de golpe y Kathryn apareció en las escaleras.

—¿Qué estáis haciendo, muchachos? ¿Qué es eso? —gritó, mientras se agarraba a la puerta de tela metálica. En sus ojos se podía ver el horror.

La masa gigante y deforme aumentó su velocidad y se lanzó hacia la escalera de la casa.

Kathryn agitaba las manos aterrorizada. Permaneció paralizada un largo rato tratando de comprender lo que veían sus ojos. Después, dio media vuelta y entró en la casa, dejando la puerta abierta de par en par.

Plop. Plop.

La Sangre de Monstruo vaciló frente a la escalera.

Dio un salto sin avanzar ni un paso, una, dos, tres veces, como si pensara qué hacer a continuación.

Evan y Andy enmudecieron y trataron de recuperar el aliento.

Él sintió náuseas cuando distinguió a los hermanos Beymer

todavía visibles y envueltos en el engrudo gigante; parecían prisioneros sin rostro que saltaban sin voluntad dentro de esa cosa.

De repente, la Sangre de Monstruo saltó y subió aparatosamente las escaleras de la entrada.

—¡No! —gritó Evan, mientras el monstruo entraba con dificultad por la puerta y desaparecía en el interior de la casa.

A Andy y Evan se les heló la sangre al escuchar desde el jardín el grito aterrorizado de Kathryn.

24

Evan fue el primero en llegar a la puerta de la casa. Había corrido tan rápido que sus pulmones estaban a punto de estallar.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó Andy, que lo seguía muy de cerca.

—No lo sé —replicó Evan.

Tiró de la puerta de tela metálica y se metió en la casa.

—¡Tía Kathryn! —gritó Evan, entrando en la sala.

El engrudo gigante ocupaba el centro de la pequeña habitación. Se veían las siluetas de los gemelos Beymer cada vez que la cosa saltaba y temblaba. La masa verde iba dejando sus pegajosas huellas a su paso por la alfombra.

A Evan le costó unos instantes localizar a su tía. La masa de Sangre de Monstruo la había obligado a retroceder hasta la chimenea.

—¡Tía Kathryn, corre! —gritó Evan.

Pero ella no tenía ningún modo de escapar.

—¡Salid de aquí, niños! —gritó Kathryn con voz temblorosa y aguda. De repente parecía la voz de una persona muy vieja.

—Pero, tía Kathryn...

—¡Salid de aquí, ahora mismo! —insistió la anciana.

Su cabello negro estaba revuelto, sus ojos, aquellos ojos azules y penetrantes, miraban fijamente al engrudo verde como si con su mirada pudiera hacerlo retroceder.

Evan miró a Andy sin saber qué hacer.

Andy tenía las manos en las mejillas y los ojos muy abiertos. Su

temor aumentaba a medida que la masa agitada avanzaba hacia la tía de Evan.

—¡Marchaos! —repitió Kathryn con angustia—. ¡Salvad vuestras vidas! ¡Yo hice esa cosa! ¡Y ahora debo morir por ello!

Evan abrió desmesuradamente la boca, sin decir ni una palabra.

¿Había oído bien?

¿Qué acababa de decir su tía?

Las palabras se repetían en su mente. Eran claras... y aterradoras.

«Yo hice esa cosa. Y ahora debo morir por ello.»

25

—¡No!

Evan estaba horrorizado al ver que la masa nauseabunda de la Sangre de Monstruo se acercaba a su tía; sintió que la habitación se inclinaba y daba vueltas. Se apoyó sobre el respaldo del sofá de Kathryn; miles de imágenes corrían por su mente: el extraño colgante que Kathryn llevaba siempre al cuello; los libros misteriosos que cubrían las paredes de su dormitorio; Sarabeth, la gata negra, con aquellos ojos amarillos; el chal negro en el que Kathryn se envolvía todas las tardes.

«Yo hice esa cosa. Y ahora debo morir por ello.»

Evan lo vio todo claro; ahora comenzaba a entender.

El muchacho recordó el día en que Andy y él habían traído a casa la lata de Sangre de Monstruo de la juguetería.

Kathryn insistió en verla. La observó y la tocó.

Recordó que ella le había dado vueltas a la lata entre sus manos, examinándola cuidadosamente, mientras movía silenciosamente los labios al leer la etiqueta.

¿Qué hacía? ¿Qué decía?

Un pensamiento apareció de súbito en la mente de Evan.

¿Estaba haciéndole un hechizo a la lata?

¿Un embrujo para hacer crecer la Sangre de Monstruo? ¿Un maleficio para aterrorizarlo a él?

Pero ¿por qué? Ni siquiera conocía a Evan.

¿Por qué querría asustarlo? ¿Para... matarlo?

—Ten cuidado —le había advertido al devolverle la lata azul—.

Ten cuidado.

Era una seria advertencia.

Un aviso contra su hechizo.

—¡Tú hiciste esto! —gritó Evan con una voz que ni él mismo reconocía. Las palabras salían atropelladas de su boca. No tenía control sobre ellas—. ¡Tú lo hiciste! ¡Tú la hechizaste! —repitió, señalando a su tía con un dedo acusador.

Los ojos azules de Kathryn brillaban a medida que leían los labios de Evan. Enseguida empezaron a llenarse de lágrimas, que empezaron a correr por sus pálidas mejillas.

—¡No! —se lamentó—. ¡No!

—¡Tú le hiciste algo a la lata! ¡Tú provocaste esto, tía Kathryn!

—¡No! —lloró tía Kathryn, gritando todavía más fuerte que los nauseabundos gruñidos de la montaña de engrudo que casi la ocultaban de Evan.

—¡No! —lloró Kathryn y se recostó en la repisa de la chimenea—. ¡Yo no lo hice! ¡Fue ella!

Señaló con un dedo acusador a Andy.

26

¿Andy?

¿La tía Kathryn estaba acusando a Andy?

Evan se giró para mirar a la niña.

Pero ella también se volvió.

De inmediato Evan comprendió que su tía no señalaba a Andy, sino más allá. Se refería a Sarabeth.

Allí, en el vano de la puerta de la sala, la gata negra, con el lomo arqueado, observaba a Kathryn con sus ojos amarillos y centelleantes.

—¡Ella lo hizo! ¡Fue ella! —declaró Kathryn, señalando a la gata con desesperación.

El pedazo enorme de masa verde dio un salto hacia atrás, retrocediendo, como si las palabras de Kathryn lo hubiesen herido. Dentro del horrible grumo se movían unas sombras; la luz que se filtraba por la ventana del salón iluminaba su vientre tembloroso.

Evan miró fijamente a la gata, luego volvió sus ojos hacia Andy. Ella se encogió de hombros; con el rostro petrificado por el horror y el desconcierto.

«La tía Kathryn está loca —pensó Evan con tristeza—. Ha perdido completamente la cordura. Lo que dice no tiene sentido.»

—¡Es ella! —repetía Kathryn.

La gata respondió con un bufido.

El grumo con los gemelos Beymer dio un salto sin moverse del lugar.

—¡Mira! —le gritó Evan a Andy cuando repentinamente la gata

negra se levantó sobre las patas traseras.

Andy soltó un alarido y apretó el brazo de Evan. Su mano estaba fría como el hielo.

La gata maulló de nuevo y creció como una sombra sobre la pared. Sacó las uñas y arañó el aire; cerrando los ojos, empezó a desdibujarse en la sombra.

Nadie se movió.

Los únicos sonidos audibles eran los del grumo verde y el latir del corazón de Evan.

Todos los ojos estaban clavados en la gata que se levantaba, se estiraba y crecía, mientras cambiaba de forma.

Se había convertido en una forma humana.

Aquellas sombras se tornaron en horripilantes piernas y brazos.

Luego la sombra salió de la oscuridad.

Sarabeth era ahora una joven mujer, con cabello rojo como el fuego, piel pálida y ojos amarillos; aquellos mismos ojos amarillos que asustaron a Evan el día en que llegó. La joven mujer vestía un traje negro y vaporoso que le llegaba hasta los tobillos.

Sarabeth, de pie en la puerta, bloqueó la salida y miró acusadoramente a Kathryn.

—¿Lo veis? Fue ella —dijo Kathryn ya más calmada. Luego, le dijo a Sarabeth—: Se ha roto el hechizo, ya no haré nada más por ti.

Sarabeth echó hacia atrás su cabello por encima del hombro y se rió.

—Soy yo quien decide lo que tú haces, Kathryn.

—No —insistió ella—. Me has utilizado durante años, Sarabeth. Durante veinte años me has tenido prisionera aquí, atrapada con tu hechizo. Pero ahora utilizaré la Sangre de Monstruo para escapar de ti.

Sarabeth se rió otra vez.

—No puedes escapar, infeliz. Todos vosotros debéis morir ahora. Todos.

27

—Todos debéis morir —repitió Sarabeth. En su sonrisa se podía ver cuánto disfrutaba al pronunciar esas palabras.

Kathryn se volvió hacia Evan; el miedo se reflejaba en sus ojos.

—Hace veinte años pensé que ella era mi amiga. Yo estaba muy sola aquí. Creí que podía confiar en ella, pero me hechizó. Me volvió sorda con su magia. Me prohibió aprender a leer los labios o a usar el lenguaje de los signos. Así me mantenía prisionera.

—Pero, tía Kathryn... —intentó decir Evan.

La tía se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio.

—Sarabeth me obligó a hechizar la lata de Sangre de Monstruo. Ella me había advertido que no podía recibir huéspedes. He sido su criada durante todos estos años. Me quería para obedecerla en todo, para realizar todas sus maldades.

»Cuando llegaste tú —continuó Kathryn, con la espalda apoyada todavía contra la repisa de la chimenea—, ella decidió asustarte para que te fueras. Pero fue imposible. No tenías adónde ir. Luego quiso desesperadamente quitarte de en medio. Temía que descubrieras su secreto; que de alguna manera tú me liberaras del embrujo. Sarabeth decidió entonces que tú debías morir. —Kathryn cerró los ojos y suspiró—. Lo siento, Evan. No tenía alternativa, no tenía voluntad propia —dijo Kathryn mirando a Sarabeth—. Pero esto se acabó. Ya basta. Cuando me lance dentro de esta criatura espectral, Sarabeth, terminaré con tu hechizo. Terminaré con tu poder sobre mí.

—Los niños morirán de todas maneras —dijo Sarabeth con voz

fría y serena.

—¿Qué dices? —Los ojos de Kathryn se llenaron de rabia—. Yo me iré, Sarabeth, pero deja a los niños en paz. No tienes ningún motivo para hacerles daño.

—Saben demasiado —replicó con calma Sarabeth, cruzando sus finos brazos frente a ella, con los ojos brillantes.

—Tenemos que salir de aquí —le susurró Evan a Andy, sin dejar de mirar a la masa informe.

—Pero ¿cómo? —musitó Andy—. Sarabeth está tapando la salida.

Los ojos de Evan recorrieron rápidamente la habitación, en busca de una vía de escape.

Nada.

Sarabeth levantó un brazo y lo extendió en dirección a la cosa verde, llamándola.

La cosa tembló una, dos veces, y luego se movió obedientemente hacia ella.

—¡No, Sarabeth! ¡Detente! —suplicó Kathryn.

Sin hacer caso a Kathryn, Sarabeth repitió el mismo movimiento con la mano.

La masa verde y deforme avanzó hacia delante; el gorgoteo que producía era cada vez más fuerte.

—Mata a los niños —ordenó Sarabeth.

El gigantesco grumo empezó a cobrar velocidad a medida que rodaba sobre la alfombra y se acercaba a Evan y a Andy.

—Corramos hacia la puerta —sugirió Evan a la niña, mientras retrocedían ante la masa de Sangre de Monstruo.

—Ella no nos dejará pasar —gimió Andy.

—¡Mata a los niños! —repitió Sarabeth, levantando los brazos sobre su cabeza.

—¡Tal vez uno de nosotros pueda pasar por un lado! —gritó Evan.

—¡Ya es muy tarde! —lloró Andy.

La masa verde de engrudo temblaba y se movía; se encontraba a pocos pasos de ellos.

—¡Nos... nos va a atrapar! —gritó Evan.

—¡Mata a esos críos! —clamaba victoriosa Sarabeth.

28

La masa seguía rodando hacia delante.

Evan suspiró y sintió que ya no había esperanzas. Estaba paralizado; sentía que no se podía mover porque su cuerpo pesaba una tonelada.

Andy lo cogió de la mano.

Ambos cerraron los ojos y contuvieron la respiración esperando el impacto.

Pero para su sorpresa, la Sangre de Monstruo emitió un rugido ensordecedor.

Evan abrió los ojos y vio que Andy miraba hacia el lugar donde se encontraba Sarabeth.

No era la Sangre de Monstruo la que había rugido.

—¡Trigger! —gritó Evan.

El enorme perro entró de un salto; su ladrido produjo un eco ensordecedor bajo el techo de la casa.

Sarabeth trató de apartarse, pero no llegó a tiempo.

Feliz de ver a Evan, Trigger tropezó con Sarabeth y la empujó. A causa de la fuerte sacudida de las gigantescas patas del perro, Sarabeth perdió el equilibrio y... empezó a caer hacia delante. Solamente tuvo tiempo de levantar los brazos antes de chocar contra la masa de Sangre de Monstruo.

Cuando Sarabeth chocó contra la superficie viscosa, se produjo un húmedo smack.

Luego se oyeron unos desagradables chupeteos.

Las manos fueron las primeras en desaparecer. Sarabeth estaba

metida hasta los codos.

La masa deforme tiraba de ella con fuerza. El cuerpo de la bruja ya estaba pegado a la superficie del grumo verde; la masa engullía la cara de Sarabeth, que luego desapareció por completo.

Sarabeth no dijo nada mientras se hundía.

El perro, ajeno a lo que acababa de suceder, saltaba de alegría al ver a Evan.

—¡Quieto, perrito! ¡Quieto! —exclamó Evan. Trigger saltaba feliz.

En ese preciso instante el perro empezó a encogerse.

—¡Trigger! —exclamó Evan sorprendido.

El animal no se dio cuenta de su transformación; seguía lamiendo la cara de Evan, que lo abrazaba con fuerza.

Al cabo de unos segundos, Trigger recobró su tamaño normal.

—¡Mira, la masa también se está encogiendo! —gritó Andy, dándole una palmada al hombro de Evan.

El muchacho observó que el grumo verde disminuía rápidamente de tamaño.

Cuando se contrajo, los hermanos Beymer cayeron al suelo.

Inmóviles, permanecían boca abajo, uno encima del otro, con los ojos abiertos, sin vida. Al parecer no respiraban.

Entonces uno parpadeó. Luego el otro hizo lo mismo.

Ambos cerraban y abrían la boca.

—¡Ahhh!

Uno de ellos emitió un largo y profundo grito.

Luego se pusieron de pie lentamente y miraron aturdidos el salón.

El petirrojo que la masa gelatinosa había atrapado también cayó al suelo. Extendió sus alas y voló enloquecido por la habitación, gorjeando desesperado hasta que encontró una ventana abierta y salió.

Andy no soltaba la mano de Evan, y observaba la Sangre de Monstruo. Esperaban que Sarabeth también reapareciera.

Pero no volvió.

Se había esfumado.

La Sangre de Monstruo volvió a su tamaño original; permaneció allí sin vida, como una mancha opaca sobre la alfombra; no más

grande que una pelota de tenis.

Los hermanos Beymer estaban de pie, indecisos, aterrorizados y confusos. Se estiraron para sentir sus extremidades y comprobar que los músculos aún respondían. Luego escaparon de la casa a toda prisa, golpeando con violencia la puerta de tela metálica.

—Todo ha terminado —dijo suavemente Kathryn, mientras se acercaba para abrazar a Evan y a Andy.

—Sarabeth desapareció —dijo Evan apretando a Trigger contra él. Observaba la pequeña porción de Sangre de Monstruo sobre el suelo.

—¡Y yo puedo oír! —dijo Kathryn con júbilo, abrazándose a los dos—. Sarabeth y sus hechizos han desaparecido para siempre:

Mientras decía esto, la puerta se abrió de repente y una silueta oscura irrumpió en la sala.

29

—¡Mamá! —gritó Evan.

Soltó a Trigger y se apresuró a darle la bienvenida a su madre con un fuerte abrazo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó la señora Ross—. ¿Por qué corrían de ese modo aquellos muchachos? ¡Parecían muertos de miedo!

—Es... es un poco difícil de explicar —le respondió Evan—. ¡Estoy tan contento de verte!

También Trigger le mostró su alegría. Cuando el perro terminó de saltar y ladrar, Kathryn se llevó a la madre de Evan a la cocina.

—Te prepararé un poco de té —dijo la tía—. Tengo una larga historia que contarte.

—Espero que no sea muy larga —dijo la señora Ross mientras se volvía y le echaba una mirada a Evan—. Tenemos que tomar un avión a las cuatro.

—Mamá, yo creo que esta historia te va a parecer muy interesante —dijo Evan mirando a Andy con una sonrisa.

Las dos mujeres desaparecieron en la cocina.

Agotados, Andy y Evan se tumbaron en el sofá.

—Me imagino que te vas para siempre —dijo ella.

—Me gustaría... e... escribirte —dijo Evan, que de repente se sintió un poco torpe.

—Sí, bueno —replicó Andy entusiasmada—. Mi padre tiene una tarjeta de crédito para llamadas. Si me das el número, pues... podría llamarte.

—Sí, perfecto —dijo Evan.

—¿Podría pedirte un favor? —preguntó Andy.

—Claro que sí —contestó Evan con curiosidad.

—Bueno, te sonará extraño —vaciló Andy—. Pero ¿podría... e... quedarme con el pedacito de Sangre de Monstruo que sobró? ¿Sí? Sería una especie de recuerdo o algo así.

—Claro. Por mí no hay problema —dijo Evan.

Ambos se volvieron para mirar el lugar, sobre la alfombra, donde se había quedado pero...

—¡Oh! —exclamó Andy.

La Sangre de Monstruo había desaparecido.

Fin

